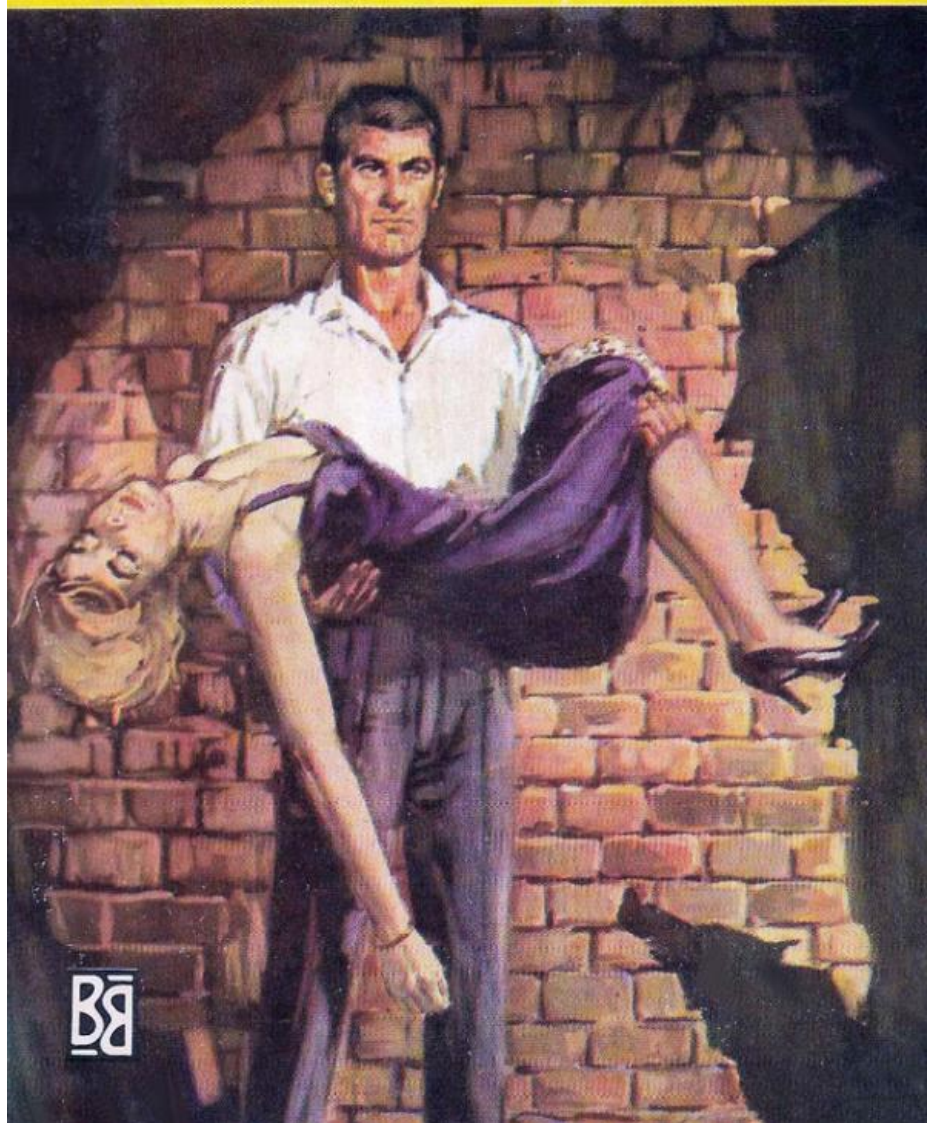


PUNTO
ROJO

la posada del diablo

clark carrados



LA POSADA DEL DIABLO



CLARK CARRADOS

LA POSADA DEL DIABLO

PUNTO ROJO n.º 139
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



DEPOSITO LEGAL B 29721 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: DICIEMBRE - 1964

© CLARK CARRADOS - 1964
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© RAFAEL SAMPER - 1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 6195/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

868 — Flecha mortal.

En Colección SERVICIO SECRETO:

746 — La mujer y el diablo.

En Colección BUFALO:

582 — Contratado para matar.

En Colección CALIFORNIA:

422 — Aguas de muerte.

En Colección COLORADO:

363 — Una estrella sin mancha.

En Colección KANSAS:

330 — Signo S: ¡Muerte!

En Colección BRAVO OESTE:

199 — El fuego de la venganza.

En Colección PUNTO ROJO:

134 — ¡Camina, fantasma!

En Colección TEXAS:

444 — El país de los tiros.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

115 — ¡Señores del Jurado!

En Colección ARCHIVO SECRETO:

21 — En el fin del mundo.

En Colección ASES DEL OESTE:

290 — Permiso para matar.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre entró precipitadamente en la habitación donde otros dos jugaban aburridamente a las cartas y exclamó:

—¡Marsh, ya lo he encontrado!

Los dos jugadores miraron al recién llegado con notable interés.

—¿Dónde está, Mike? —preguntó Marsh Roy, un sujeto cuarentón, de rostro abultado y señalado por media docena de cicatrices, pelo que ya clareaba y ojos duros.

—A cincuenta y dos millas de aquí, hacia el nordeste —contestó Mike—. Estoy seguro que allí no te encuentra la policía ni en cien años, aunque te busquen con lupa.

—¿Lo dices en serio, Mike?

—¡Ya lo creo! Está a seis millas de la ruta principal. Es un albergue para cazadores y pescadores, pero, ¿quién diablos va allí con este tiempo? No hay apenas más que el servicio y uno o dos huéspedes que parecen de esos chiflados a los que les molesta la compañía. Cada uno se pasa la mayor parte del día en su cuarto o paseando por los alrededores, cuando no llueve. Te digo que es el sitio más tranquilo y seguro que podríamos haber encontrado, Marsh.

Hubo un momento de silencio. Marsh se frotó la mandíbula inferior, con gesto reflexivo. Luego preguntó:

—¿Cómo dices que se llega a ese sitio, Mike?

—Es muy sencillo. No tienes más que caminar hasta la milla cuarenta y siete, y luego, a los pocos pasos, verás mía desviación lateral. Es un caminito que se adentra en las montañas, poco más que un sendero de cabras. Sigues seis millas más y ya está. No puedes perderte; el camino termina precisamente en el albergue.

—Conforme —sonrió Marsh—. Anda, baja mi equipaje al auto. Yo te seguiré enseguida.

Mike meneó la cabeza.

—Ya sabes que somos buenos amigos tuyos. Allí podrás estar una larga temporada, hasta que se haya “enfriado” el asunto.

—Esa era mi intención —sonrió Marsh.

Mientras Mike salía de la habitación, cargado con una pesada maleta,

Marsh Roy se puso en pie y se acercó a —un aparador próximo, en donde había una caja oblonga de buen tamaño, hecha en metal ligero y con un asa para su más fácil transporte. El otro individuo contemplaba en silencio sus operaciones.

—Voy a darte tu recompensa, Charlie.

—Gracias, Marsh —respondió el sujeto.

Marsh levantó la tapa de la caja. Estaba repleta de fajos de billetes de Banco. Pero también había otra cosa.

Tomó un fajo y lo arrojó sobre la mesa. Las manos de Charlie se apoderaron del dinero, con avidez.

—Cuéntalo —dijo Marsh—. Hay cien de a cien.

—Sí, Marsh —dijo el otro, roncamente, fascinado por la vista de tantos billetes juntos.

Marsh Roy sacó el otro objeto de la caja de metal. Era una pistola con silenciador. Charlie estaba tan absorto en su labor, que no se enteró siquiera de que la bala le penetraba en el cráneo, justo por encima de la oreja derecha. Sus manos se crisparon un instante en torno al fajo de billetes y luego se venció a un lado, casi sin ruido.

Fríamente, Marsh se inclinó y recuperó el fajo, que volvió a la caja. Cerró la tapa, aseguró las presillas y agarró el asa yéndose a la puerta.

Esperó. Sabía lo que iba a pasar.

Mike estaba abajo, aguardándole. Cuando viese que tardaba, Subiría a ver por qué se retrasaba. Entonces consumiría otro cartucho. Naturalmente, no iba a ser tan tonto que dejase a dos individuos detrás de sí, conociendo su escondite. Tanto Mike como Charlie estaban fichados por la policía, y si les echaban el guante para interrogarles... ¿qué pasaría? El comisario Pruwell era un tipo muy duro y estaba rastrillando toda el hampa de la ciudad a conciencia. El que sabía, algo, lo decía, y el que no, era que no lo sabía, porque ya se encargaban los subordinados de Pruwell de sacarles todos sus conocimientos. Inexorablemente, Mike y Charlie terminarían por hablar y... No, eso no le convenía en absoluto.

Pasaron unos minutos. Al fin, sucedió lo que había esperado.

Sonaron unos pasos en el corredor. Marsh Roy se aplastó contra la pared, al lado de la puerta. Levantó el arma.

La puerta se abrió. Mike dio dos pasos dentro del cuarto.

—¡Marsh! ¿Qué demonios te pasa? ¡Estoy esperándote...!

La nuca de Mike estaba solo a un metro de distancia de la boca de la pistola.

* * *

El comisario Pruwell, jefe de policía de la ciudad, estaba de un humor

malísimo.

—Durante años, Bartlett City había sido una ciudad donde la palabra tranquilidad no era una utopía —dijo, golpeando la mesa con el puño—. Es cierto que hay hampones y gentes de mal vivir, pero siempre los hemos tenido a raya y nunca hemos dejado que se extralimitasen. Ahora, sin embargo, en pocos meses, todo se ha trastocado y parece como si un vendaval de delitos hubiese invadido la ciudad.

Nick Stanfrey estaba sentado frente a su jefe. Era un joven de alrededor de treinta años, de regular estatura, fuerte, atlético y de privilegiada inteligencia, cosa que le había valido el llegar, en poco tiempo, a ayudante principal de su jefe. Enamorado de su profesión, acababa de regresar pocos días antes de un cursillo de perfeccionamiento realizado en la Academia de la F.B.I., y al cual habían asistido, como de costumbre, numerosos poli Más de otras ciudades de la nación. A su vuelta, se había encontrado con el sombrío panorama que le estaba pintando el comisario Pruwell.

—En tres meses, han desaparecido misteriosamente otras tantas personas —siguió el comisario— sin dejar el menor rastro. Todas eran gentes pacíficas, tranquilas, sin puntos oscuros en su existencia y con dinero. Los tres desaparecidos —dos hombres y una mujer—, eran ya de edad madura, entre los cuarenta y cinco y los sesenta años, lo cual, parece descartar la aventura amorosa. —Pruwell golpeó la mesa de nuevo—. No, esas tres personas han sido asesinadas y enterradas, Dios sabe dónde, para robarlas y apoderarse del dinero y de las joyas que llevaban encima. Cuando salieron de la ciudad, eran portadores, los tres, de bastante dinero en efectivo y, la mujer, de joyas por valor de unos doce mil dólares. Hace ya un m, por lo menos, que ella desapareció de Bartlett City y nadie la ha vuelto a ver.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó el joven.

—Mary Ann Renfield. Era viuda, tenía cincuenta y ocho años y era muy aficionada a ostentar sus joyas. Vivía sola con un ama de llaves, a la cual le dijo que iba a pasar una temporada de vacaciones con unos amigos, pero no le dijo dónde... eso es lo raro, ¿me comprende, Nick? La sirvienta dijo que Mary Ann se marchó en su coche, llevándose todas sus —joyas y unos dos mil quinientos dólares en efectivo. Ya no la hemos vuelto a ver más.

—Entonces, el ama de llaves denunció la desaparición de su señora. Pero, ¿por qué, si no tenía motivos para alarmarse? —preguntó Stanfrey.

—Por la sencilla razón de que, en las otras vacaciones, la señora Renfield siempre le dijo a dónde se iba y, además, le enviaba postales regularmente. Al ver que pasaban tres semanas sin recibir una sola tarjeta postal, vino a nosotros.

Nick asintió con la cabeza.

—Y, por si fuera poco, ahora nos sale ese condenado Marsh Roy con un atraco que cuesta un muerto y seiscientos mil dólares —bramó el

comisario Pruwell—. Roy era el jefecillo de una pequeña banda, pero en esta ocasión, dio el golpe él solito, sin ayuda de nadie. La cosa podía haberle salido perfecta, de no haber sobrevivido el vigilante unas horas. No le conocía personalmente, pero por la descripción que nos dio, supimos que era Roy. La tierra se lo ha tragado... y, vamos, Bartlett City no es una ciudad tan grande como Nueva York para esconderse con tanta facilidad.

Pruwell hizo una pausa.

—Muchacho, tenemos que apretarnos bien los cordones de las botas y resolver estos misterios que se nos han abatido de pronto, como una especie de castigo bíblico. O encontramos a los desaparecidos y a Roy o, de lo contrario, ya podemos ponernos a vender periódicos en las esquinas. Y a mí edad y con este tiempo —concluyó el jefe melancólicamente, mirando el húmedo panorama a través de la ventana—, esto no es bueno, ni mucho menos, para la salud.

Stanfrey sonrió.

—Vamos, vamos, jefe, no sea tan pesimista. Creo que...

El zumbido del interfono sonó de pronto. Pruwell movió la palanquita de contacto.

—Habla el comisario —dijo—. ¿Quién es?

—Señor, el agente Kowalski informa haber visto a Marsh Roy escapando a toda velocidad en un auto. Le siguió con su coche, pero Roy realizó una hábil maniobra y Kowalski estuvo a punto de matarse, cuando el perseguido le empujó fuera de la carretera. El coche del agente quedó inútil, por supuesto, y por dicha razón, tuvo que suspender la persecución. No obstante, recuerda la matrícula del auto de Roy y dice que este llevaba dirección nordeste.

—Nick se puso en pie inmediatamente.

—Iré a investigar —prometió.

—No vuelva sin Roy —pidió el jefe. Se dirigió hacia el interfono y dijo—. Gracias, eso es todo por ahora.

Contempló satisfecho las anchas espaldas de su subordinado. Confiaba en Nick Stanfrey para que resolviera los problemas que tanto le preocupaban en los últimos tiempos. Porque, si no lo conseguían... Se estremeció; era preferible no pensar en la perspectiva.

CAPÍTULO II

Marsh Roy llegó al albergue que le habían indicado sudando de pánico todavía, pese a que el encuentro con el policía había tenido lugar cincuenta millas más atrás. Al ver el edificio y su emplazamiento, sintióse, pese a todo, mucho más tranquilo.

Era un gran caserón de dos plantas, con tejado de pizarra de agudas vertientes y una gran baranda de madera que corría a todo lo largo del primer piso. La construcción era mixta de piedra y madera, lo cual confería a la casa un aspecto de rusticidad no por prefabricada, menos agradable.

Estaba situada en el centro de un profundo valle, enmarcado por montañas de agudos picos, los cuales no se veían ahora, debido a la espesa capa de nubes que cubría el cielo. Un arroyo de aguas espumeantes, corría a poca distancia, entre una doble hilera de álamos. A la derecha, se veía un barracón abierto por un lado, en el cual se divisaban dos coches resguardados del mal tiempo por un tejado de chapa acanalada. Era el garaje del hotel.

Más a lo lejos, casi al otro extremo del valle, creyó divisar una casita entre los árboles. Frunció el ceño, ya que pensaba que no había más edificios en el valle, según, le había informado Mike. Pero se tranquilizó, pensando que tal vez se trataba de una cabaña de cazadores. Estaban ya en el mes de noviembre y el tiempo no resultaba bonancible para la caza ni para el excursionismo.

Detuvo el coche frente a la entrada. Una de las cosas que no le gustó fue el nombre del albergue. Estaba hecho en tubos rojos de neón, ya encendido a causa del tinte gris del ambiente, y consistía en la grotesca figura de un diablo con su tridente. Debajo lucían las letras del título: *Devil Inn*. La posada del diablo.

—Hizo una mueca. Bueno, a fin de cuentas, estaba en un lugar muy apartado; en noviembre y tan lejos de Bartlett City, pasaría completamente desapercibido.

Se apeó del coche, sin soltar la caja con el dinero. Atravesó el pórtico y abrió la puerta, encontrándose en un vestíbulo muy bien decorado con pieles de oso y mantas indias, además de algunos cuadros que

representaban paisajes montañosos. En un rincón había una enorme chimenea de piedra, sobre cuyos morillos ardían alegremente varios troncos.

El mostrador, de madera de roble claro, como el resto de la decoración, estaba desierto. Acercándose a él, tocó el timbre de percusión y esperó.

Momentos después, oyó el taconeo, de unos zapatos femeninos. Una—mujer apareció ante su vista, secándose las manos con un delantal de cocina.

Marsh Roy la examinó apreciativamente. Tratábase de una rubia, cuarentona, de formas generosamente redondeadas, todavía muy apetecible. Los brazos, desnudos hasta más arriba del codo, eran de una blancura mórbida muy agradable de ver. “No está mal”, se dijo el forajido, a la vez que emitía una cortés sonrisa.

—Buenas tardes, señora —dijo—. Me llamo Martin Rydd y desearía una habitación en el albergue. El médico me ha recomendado una temporada de absoluto descanso, en un lugar apartado, y he elegido éste, tras estudiar detenidamente otros en similares condiciones.

—Aquí podrá descansar todo cuanto le apetezca, seguro de no será molestado —sonrió la mujer—. Soy Diana Lloyd, propietaria del establecimiento —se presentó.

—Encantado, señora —saludó Roy.

Ella pasó tras el mostrador y abrió el libro de registro.

—Tenga la bondad de firmar, señor Rydd —dijo—. Le ruego me excuse; andamos un poco mal de servicio. He puesto anuncios, solicitando una recepcionista que, además, sepa servir a la mesa, y un mozo para todo, pero hasta ahora, no se ha presentado nadie. Dudo —agregó, emitiendo un profundo suspiro— de que ahora, ya tan avanzada la temporada, se presente nadie para solicitar esos puestos.

—Quizá vengan —murmuró Roy con una sonrisa de circunstancias. Firmó con el nombre supuesto que pensaba usar mientras permaneciese en el albergue y luego tomó la llave que le ofrecía la mujer.

—Primer piso, cuarta puerta a la derecha. ¿Tiene mucho equipaje, señor Rydd?

—No. Solo este maletín y una maleta más grande, en el coche. Pero ya he visto que hay cochera, así que le ruego no se moleste; yo mismo subiré la maleta a mí habitación y guardaré el auto, señora Lloyd.

—Es usted muy amable...

Una voz masculina sonó de pronto.

—¡Diana! Diana, ¿dónde estás?

La mujer se volvió hacia la otra puerta. Marsh Roy miró también.

Un hombre penetró en el vestíbulo con cierta rapidez.

—Estaba buscándote, Diana —dijo—. Necesito que me envíes cuanto antes...

Se interrumpió al ver que ella estaba hablando con un desconocido.

—Perdonen —dijo—. No sabía que la señora Lloyd estaba ocupada.

—No tiene importancia —murmuró el forajido. Se estremeció interiormente; el aspecto del recién llegado le desagradó en el acto.

Tratábase de un sujeto de unos cincuenta años, muy fuerte y ancho de hombros, de cabello intensamente negro, apenas surcado por unas cuantas hebras grises, ojos del mismo color, profundos y penetrantes, nariz aguileña y frondosa barba también negra, aunque recortada a pocos centímetros de la mandíbula. Vestía una cazadora impermeable, pantalones de pana y gruesas botas forradas que le llegaban a media pierna.

—Perdone, señor Rydd —dijo Diana—. Le presento al doctor Paulsen, vecino mío y excelente amigo. Frick, el señor Rydd, nuevo huésped del hotel.

Los dos hombres, se saludaron con toda cortesía. Luego, el forajido inclinó la cabeza.

—Les ruego me dispensen. Estoy un poco cansado del viaje.

—No faltaría más —dijo Diana Lloyd.

—Me alegro de tenerle por vecino, señor Rydd —saludó Paulsen.

El forajido subió al primer piso. Cuando estuvo seguro que no le escuchaba, Paulsen dijo:

—Esa cara me parece conocida, Diana.

—Es la primera vez que viene aquí, Frick.

—A pesar de todo... Bueno, eso no importa ahora. ¿Qué sabes de él?

—Parece un hombre de negocios —comentó ella—. Dice que su médico le ha recomendado una temporada de descanso y que por ello ha elegido el albergue.

—Conque descanso, ¿eh? ¡Hum! —rezongó el doctor Paulsen. Bueno, ya lo averiguaremos. A la noche, en la cena, dale la bebida de costumbre. Veremos a ver si es cierto o no lo que dice. Y ahora...

Arriba, en su habitación, Marsh Roy estaba sentado en una silla, frente a la cama. Sobre ésta se hallaba la caja con el dinero, abierta de par en par.

Roy contemplaba arrobado el dinero. ¡Seiscientos mil dólares! La tranquilidad para el resto de sus días. Solo necesitaba permanecer allí un par de semanas, hasta que la cosa se “hubiese” enfriado, y luego, marcharía a otro sitio. Cambiaría de alojamiento con alguna frecuencia, hasta que el asunto estuviese olvidado por completo.

Se pasó la mano por la cara. Lástima, hasta cierto punto, Bartlett City era una ciudad pequeña y el único especialista en cirugía estética, no hubiese aceptado cambiarle la cara, ni por todo el contenido de la maleta. Bueno, ya encontraría otro... porque debía cambiarse la cara a la primera oportunidad.

Después, a vivir y a gozar. El hecho de que la consecución de aquel botón hubiese costado tres vidas humanas, no turbaba su conciencia en absoluto. Empezó a forjarse sueños deliciosos... mares tropicales, palmeras, brisas suaves y cálidas, hermosos rostros de jóvenes isleñas...

* * *

Con expresión pensativa, Agatha Peters releyó una vez más el anuncio publicado por el *Bartlett Post*.

“Muchacha joven, aspecto agradable, para recepcionista y camarera, se necesita urgentemente en *Devil Inn*. Buen sueldo, alojamiento y manutención. Lugar tranquilo, poco trabajo”.

Agatha Peters era una muchacha alta, espigada, de suaves facciones, enmarcadas por una abundosa cabellera de color castaño dorado, que prestaba a su rostro un singular encanto. Tenía los ojos grises y la boca llena. Aunque de apariencia delgada, su cuerpo era muy esbelto y de formas firmes y sólidas. Ahora corría el riesgo de que su delgadez se convirtiese de aparente en real.

Consideró el anuncio. No tenía experiencia, pero hacía ya algunos días que el anuncio se repetía. Lo cual solo significaba que el empleo no había, sido concedido aún.

¿Por qué no solicitarlo ella? Recepcionista y camarera. No era ninguna ocupación deshonrosa, ni mucho menos. Y, además, le darían comida y alojamiento.

Siempre serían mejores sus posibles nuevos amos que el rijoso señor Dobycue, el jefe de la empresa en la que había estado colocada hasta hacía poco. El señor Dobycue tenía unos particulares puntos de vista: creía que el sueldo que pagaba a sus empleadas jóvenes y bonitas, como lo era Agatha Peters, le concedía ciertos derechos de señor feudal. Agatha discrepaba en este punto de las opiniones del señor Dobycue y por dicha razón, un buen día, se había visto de patitas en la calle.

Ahora estaba analizando el costo del alquiler de un taxi hasta *Devil Inn*. No tenía coche y sus ahorros se fundían como Una barra de hielo puesto sobre la arena de una playa del Caribe. Si no conseguía el empleo, su modesto capital sufriría una importante reducción.

Pero si no se arriesgaba, su situación no solo no mejoraría, sino que empeoraría día a día. En tal coyuntura, era preciso correr el riesgo de ir hasta *Devil Inn*, ya que, desafortunadamente, el albergue carecía de teléfono y no podía hacer una llamada para comprobar si el empleo estaba ya concedido o no. Esperaba que siguiese vacante.

También había un anuncio pidiendo mozo para todo, pero esto ya no le

interesaba tanto. Levantándose de la silla, se alisó la falda maquinalmente y empezó a empaquetar todas sus cosas. Si se quedaba en *Devil Inn*, no tendría necesidad de enviar a la ciudad para recoger el resto de su no muy abundante equipaje.

Treinta minutos más tarde, había terminado. Todo cuanto poseía estaba en las dos maletas que pendían de sus manos.

En el corredor había un teléfono. Arrojó una moneda en la ranura y llamó a la *Imperial Taxi Cab, Co.*, pidiendo un vehículo que la transportase hasta su destino. A continuación, bajó a la pequeña conserjería de la pensión y abonó la cuenta.

Minutos más tarde, Agatha Peters emprendía viaje hacia la aventura.

CAPÍTULO III

Nicle Stanfrey examinó con ojo crítico el mapa de los alrededores de Bartlett City, mientras su jefe le contemplaba con expresión especulativa. En veinticuatro horas de intenso trabajo, el joven había conseguido averiguar una gran cantidad de cosas.

—Las tres personas desaparecidas —dijo—, partieron de la ciudad por la Ruta Federal 40 con rumbo nordeste. Ninguna de ellas, sin embargo, llegó a Waterville, que está situada a sesenta y cinco millas de aquí. De uno de los desaparecidos, se sabe que tomó gasolina en la estación de servicio situada a veinte millas antes de llegar a Waterville, recién pasado el pequeño pueblo de Arrowland. Tanto en Waterville como en Arrowland, ninguno de los tres desaparecidos se alojó en ningún hotel, motel, albergue o posada de los que hay en ese sector; ese extremo ha sido minuciosamente comprobado por las policías de ambas poblaciones. Lo que acabo de decir, puede aplicarse igualmente a Marsh Roy.

“Uno solo de los desaparecidos que hubiese pasado una noche en cualquier alojamiento de esa parte, bastaría para echar por tierra mi teoría. Pero ninguno de los cuatro, ni siquiera con nombre ficticio, se hospedó ni pasó una sola noche en ningún albergue de este sector. Por lo tanto, hay que convenir forzosamente en que desaparecieron en el trozo comprendido entre Waterville y Arrowland.

El comisario Pruwell asintió con enérgicos movimientos de cabeza.

—Entonces, usted sugiere que desaparecieron en ese tramo de veinte millas.

—Exactamente.

—Pero es un sitio deshabitado por completo. No hay ni siquiera una granja; es terreno montuoso y...

—Perdone, jefe —interrumpió el joven—. Hay una casa a seis millas de la carretera.

—Eso es muy interesante —exclamó Pruwell, enderezándose en el asiento—. La verdad, aunque he vivido aquí toda mi vida, ese es un trozo de terreno que no he visto ni en fotografías. ¿Qué clase de edificio es?

—He podido adquirir informes sobre el mismo —respondió Stanfrey—.

Hace doce años, un tipo caprichoso, con dinero, por supuesto, hizo levantar una especie de chalet alpino de gran tamaño. Se llamaba Horacio Duncan, era de Waterville y solía dar grandes fiestas a sus amistades, fiestas que, con frecuencia, degeneraban en orgías, al lado de las cuales, las romanas podían considerarse como apacibles partidas de golf. Bien, esto, de todas formas, no nos importa mucho. Lo que sí nos interesa es que hace un par de años, Duncan murió, y sus herederos, más sensatos o menos liberales con el dinero heredado, vendieron la casa. Ahora es un albergue de retiro; al que un humorista ha puesto el nombre de *Devil Inn*. ¿No le parece a usted que los tres desaparecidos, más nuestro amigo Roy, pueden estar allí pasando una temporada de descanso y olvido absolutos? No tiene teléfono, está casi incomunicado y en un lugar de no fácil acceso. ¿Qué mejor lugar que ese para desaparecer del mundo una buena temporada?

—Hombre —dijo el jefe—, contemplado desde su punto de vista, parece ser que tiene usted razón. ¿Piensa investigar allí?

—Si usted me lo permite, es una posibilidad que debemos ensayar.

—En tal caso, Marsh Roy podría recelar de usted —murmuró Pruwell, pensativamente.

—Es cierto, pero da la casualidad de que no me conoce personalmente —arguyó el joven—. Además, no solo he de investigar la desaparición de Roy, sino la de tres personas más. Si estas se encuentran en *Devil Inn*, bastará con que se lo comuniquemos a los familiares interesados. Y si Roy está alojado allí...

—Usted no puede ir haciendo preguntas —objetó Pruwell—. Se descubriría de inmediato.

Stanfrey sonrió. Metió la mano en su bolsillo y extrajo un recorte de periódico.

—Lea, jefe, por, favor.

Encendió un cigarrillo, mientras el comisario pasaba la vista por los renglones del anuncio publicado días antes en el *Bartlett Post*.

“Mozo para todo —garaje, jardines, limpieza general, recados, reparaciones caseras—, necesitase en *Devil Inn*. Buen sueldo, comida y alojamiento.”

Pruwell levantó la vista y miró al joven por encima de las gafas que usaba para leer.

—Usted quiere solicitar el empleo —dijo.

—Así es. Pasar ocho o diez días en *Devil Inn* no perjudicará demasiado al departamento y, en mi opinión, podemos averiguar muchas cosas interesantes.

—Es una buena idea —aprobó el comisario, acariciándose el mentón—. Irá en un coche policial...

—Oh, no, en absoluto —sonrió el joven—. Viajaré hasta el empalme en el autobús de la *Gryhound* y cubriré a pie las seis millas que hay hasta la posada. Es lo que haría un auténtico mozo para todo, ¿no cree?

—Sí, es cierto —convino el comisario, entusiasmándose con la idea—. Y, ¿cuándo piensa partir?

—Mañana, por la mañana, a las ocho y media en punto. Me llevaré también un *talkie-walkie*; allí no hay teléfono y, en un momento dado, podría tener necesidad de comunicarme con usted.

—Estableceremos unas horas determinadas para la comunicación.

—Desde luego. Y, jefe, esté seguro de que en *Devil Inn* se halla la solución del misterio... y un tipo con seiscientos mil dólares y tres asesinatos sobre su conciencia.

—Roy es peligroso —apuntó el comisario—. No vaya, desarmado.

—No pensaba hacerlo —sonrió el joven.

* * *

La puerta se abrió cautelosamente. Un rostro asomó por la rendija, observando con suma atención el interior de la estancia.

El doctor Paulsen escuchó. Solo se oía el sosegado rumor de la respiración del durmiente.

Tranquilizado al respecto, terminó de abrir y franqueó el umbral, cerrando a continuación, sin hacer el menor ruido. La habitación estaba a oscuras, pero no encendió la lámpara central, sino que usó la linterna que ya llevaba en prevención.

Enfocó el haz de rayos sobre el durmiente. Este no se movió siquiera.

Paulsen sonrió satisfecho. La droga había causado sus efectos.

Además, lo hacía de una manera muy discreta. Hasta los treinta minutos, la persona que la ingería, no empezaba a sentir sueño, de modo que no le parecía haber sido narcotizado. El sopor llegaba de una forma gradual, suave, completamente natural, y luego duraba ocho o diez horas.

Se acercó a la consola y examinó superficialmente la caja de metal que yacía sobre la misma. Dejó la linterna a un lado, pero de modo que sus rayos alumbrasen las presillas de cierre, y luego, con ambas manos, oprimió los muelles. Las presillas cedieron en el acto.

Levantó la tapa y tomó la linterna para examinar su contenido con más detenimiento. Su respiración quedó suspendida inmediatamente.

Estaba acostumbrado a ver muchas cosas, pero aquel fabuloso montón de dinero le había dejado sin aliento. Pasó casi un minuto antes de que el aire retenido en sus pulmones aflorase al exterior con un ruidoso, suspiro.

Cerró la caja nuevamente. Se acercó a la cama.

Sacudió por un hombro al durmiente. Lo hizo con fuerza. Marsh Roy no se despertó siquiera.

Paulsen sonrió satisfecho. El despertar del sujeto iba a ser muy distinto

del que había esperado.

Apagó la linterna y la guardó en el bolsillo posterior del pantalón. Luego, inclinándose hacia adelante, agarró a Roy por los brazos y se lo cargó a la espalda con relativa facilidad.

Salió de la habitación. El vestíbulo estaba apenas iluminado.

Descendió la escalera y se dirigió hacia la parte posterior. Atravesó la cocina y salió afuera, empleando la puerta, trasera.

Una sombra se destacó de las tinieblas.

—¿Qué tenía? —preguntó la mujer.

Paulsen emitió una sorda risita.

—Sube arriba y lo verás. La caja está llena hasta los bordes de billetes de Banco.

A Diana Lloyd le pasó lo mismo que a su interlocutor: se quedó sin respiración.

—¡Dios mío! ¿Es eso cierto?

—Como lo oyes. Debe haber seiscientos mil dólares, los mismos que robó hace unos días, después de asesinar a un guarda. Ahora lo recuerdo; leí el relato del suceso, acompañado de una fotografía. Es Marsh Roy. ¿No lo recuerdas tú?

—Sí, ahora caigo —dijo ella—. Seiscientos mil dólares —repitió pensativamente—. Es una enorme suma, ¿no te parece?

—¿Quién lo duda, querida? —rió, el médico.

Los ojos de Diana centellearon en la oscuridad.

—Escucha —dijo de pronto—, ¿por qué no dejamos todo esto y nos marchamos? Con seiscientos mil dólares, no tendrías necesidad de trabajar más en tus experimentos. ¿Qué importa la ciencia cuando se posee dinero en abundancia? Además...

—Calla —cortó él, repentinamente irritado—. Ya conoces mis proyectos y te diré que no pienso salir de aquí, hasta que haya triunfado. Será el descubrimiento más sensacional de la cirugía animal, ¿me comprendes? Diana Lloyd se estremeció.

—Suponiendo que lo consiguieras, ¿crees que ello bastaría para perdonarte lo que ha sucedido aquí? Al contrario, yo creo que la opinión pública se te echaría encima con más encono todavía. —Se estremeció vivamente—. Es... es demasiado horrible lo que haces, Frick, Abandónalo, te lo suplico.

—¡Jamás! —denegó él, con acento lleno de energía—. ¡Seguiré adelante hasta el final... que está cada vez más cerca! ¡Una vez que lo haya conseguido, no me importa en absoluto lo que pueda sucederme, Diana!

—¿Tampoco te preocupa lo que me suceda a mí? —preguntó ella dolientemente.

El doctor Paulsen calló. Luego, de repente, echó a andar con paso vivo y se perdió en la oscuridad en contados momentos.

Diana Lloyd permaneció allí todavía durante unos minutos, bajo la fina llovizna que caía monótonamente. Al cabo de un rato, con la cabeza baja y los hombros hundidos, regresó a la casa.

CAPÍTULO IV

Nick Stanfrey se detuvo al borde del claro, en cuyo centro estaba *Devil Inn*. Lanzó un suspiro de alivio y se acomodó en el hombro el saco estilo marinero, en el cual llevaba todas sus pertenencias.

Hacía rato que no llovía, pero el cielo continuaba encapotado y las nubes, bajas, dejaban hilachas de vapor en las laderas de las montañas que cercaban el albergue. En aquel lugar, todo estaba sumido en el silencio, salvo el distante rumor del arroyo que corría a unos doscientos metros de la casa.

Reanudó la marcha. Poco después, abría la puerta y cruzaba el umbral.

—Hola —saludó desde la entrada.

Había una linda muchacha tras el mostrador. La muchacha le miró y sonrió.

—Buenos días, señor —contestó con voz agradable—. Pase, por favor, no se quede ahí afuera. La temperatura es ya muy fresca en esta época, del otoño.

—Y que lo diga —sonrió Stanfrey, descendiendo los tres peldaños que separaban la entrada del suelo del salón. Al acercarse al mostrador, se descargó del saco—. Me llamo Nick Stanfrey —se presentó.

Ella le ofreció el libro.

—Tenga la bondad de firmar, señor Stanfrey —dijo—. Bienvenido a *Devil Inn*.

—Muchas gracias, señorita —respondió él—, pero me temo que se equivoca conmigo. No, vengo como huésped, sino a solicitar el empleo que se anunció en el *Barlett Post*. ¿Está libre todavía?

—¡Oh! —exclamó la muchacha, enrojeciendo levemente—. Sí, creo que sí —añadió—, aunque yo no puedo darle una respuesta definitiva al respecto. Llegué ayer para solicitar el empleo de recepcionista y camarera, que también estaba vacante. Me llamo Agatha Peters —se presentó, sonriendo simpáticamente.

—Encantado, señorita Peters. Entonces, ¿no puede usted decirme nada sobre ese empleo?

—Si se espera unos momentos, iré en busca de la dueña del albergue.

Es la señora Lloyd y...

—¿Me necesita usted, Agatha? —sonó una voz en aquellos instantes.

Stanfrey se volvió, descubriéndose cortésmente. Agatha se le anticipó:

—El señor Stanfrey viene en busca del empleo que está vacante, señora —dijo.

Diana y Nick se contemplaron durante unos segundos.

—¿Y sabe usted hacer todo lo que indicaba el anuncio del periódico? —preguntó ella, al fin.

—Por supuesto, señora. Trabajé hasta hace poco, en un taller de reparaciones de automóviles y puedo presentarle las referencias del dueño, si así lo desea. —Stanfrey sonrió—. Un tipo como yo puede hacer de todo, créame.

Diana vaciló unos instantes.

—El trabajo no es muy duro en esta época del año, pero podré necesitarle en cualquier momento, Nick —dijo al fin—. Las condiciones son cuarenta dólares semanales, comida y alojamiento. Tal vez tenga que realizar algún trabajo extra..., el doctor Paulsen, un investigador científico que vive en el valle, no lejos de aquí, a veces necesita ayuda. Usted se la prestaría, en tal caso, con un aumento en la remuneración.

—Estoy por completo a sus órdenes, señora Lloyd —dijo el joven galantemente.

—Muy bien. Entonces, queda aceptado... ¿Cuál ha dicho que es su nombre?

—Stanfrey, Nick Stanfrey, pero puede llamarme Nick a secas, señora.

—Gracias —respondió Diana parcamente. Miró a la muchacha—. Agatha, enséñele la habitación del ángulo izquierdo de la planta baja. Allí se alojará usted, Nick.

—Muy agradecido, señora.

Diana se alejó. Stanfrey sacó un paquete de tabaco y ofreció a la muchacha. Agatha denegó con un movimiento de cabeza.

—Hermosa en su madurez —comentó el joven, refiriéndose a la dueña del albergue.

—Sí, es vistosa —convino la muchacha con una sonrisa.

—¿Quién es el doctor Paulsen? —preguntó él de repente.

—No lo sé, no le he visto siquiera. Sé que vive en el otro lado del valle, pero no me haga más preguntas. Llegué ayer aquí al mediodía y... —Agatha lanzó un suspiro que dilató su bien formado busto— suerte que encontré el empleo vacante. El taxi se me llevó más de la mitad de mis ahorros.

—Entonces, estamos casi iguales —dijo el joven alegremente. A mí me quedan apenas una treintena de dólares. ¿Hay muchos huéspedes? —preguntó en tono banal.

—No. Solamente dos, el señor Hayes, un hombre de negocios retirado, y la señora Oppypoint, una encantadora anciana que se ha refugiado aquí huyendo de las impertinencias de sus sobrinos y presuntos herederos. En realidad, el trabajo es poco, aunque siempre se precisa un mínimo de personal para atender las necesidades del albergue. ¿Quiere venir a su habitación?

Stanfrey recogió el saco.

—Por supuesto —contestó cortésmente.

Agatha le siguió hasta su habitación, un cuarto sencillamente amueblado con una cama, dos sillas, un anticuado lavabo y un pequeño armario ropero. Había una ventana, cubierta por unas cortinas de cretona floreada y un cuadro representando una cacería de renos en el Ártico.

—Bueno, si el cuadro fuese de tema religioso, esto parecería la celda de un monje —comentó el joven, sonriendo.

—Se come bien y el lugar es tranquilo —dijo Agatha.

—¿Qué tal es la cocinera?

—¿La señora Gillings? Buena, aunque algo gruñona.

Stanfrey meneó la cabeza.

—Creo que el lugar me va a gustar —dijo—. Bien mirado, una temporada en el campo, aunque no sea en el buen tiempo, nunca viene mal.

—Lo mismo pienso yo, sobre todo cuando, además de darle de comer y el alojamiento, le pagan a una un sueldo decoroso —sonrió Agatha—. Bien, me vuelvo a la recepción. Hasta luego, Nick.

—Hasta luego, Agatha.

Al quedarse solo, Stanfrey se acercó a la ventana y alzó un poco las cortinas. A lo lejos, divisó vagamente, entre los celajes de las brumas húmedas, la estructura de una casa de pequeño tamaño. Debía ser la casa del doctor Paulsen, pensó.

Y luego recordó una de las aclaraciones de la encantadora Agatha Peters. —Solo dos huéspedes: el señor Hayes, hombre de negocios retirado, y la anciana señora Oppypoint. “¡Qué apellido tan raro!”, comentó a media voz, sin poder contenerse.

Pero, ¿dónde estaba Marsh Roy?

A juzgar por las palabras de la recepcionista, no había visto a Roy; de lo contrario, hubiese dicho algo, calculó, acerca de un huésped que había debido llegar a *Devil Inn* la antevíspera. ¿Se había marchado del albergue a la mañana siguiente, es decir, horas antes de la llegada de la chica?

En todo caso, era un recién llegado y debía mirar muy bien el terreno que pisaba, para no cometer un error imperdonable. Tenía ocho o diez días de tiempo; ya iría averiguando poco a poco, sin dejar traslucir su verdadera condición de policía.

A continuación, empezó a acomodar su equipaje. Sacó, el transmisor de

radio y lo contempló durante unos momentos. Era preciso esconderlo, donde nadie lo viese y, sin embargo, en un sitio de fácil alcance. Si descubrían el aparato, entrarían en sospechas y... Tal vez *Devil Inn* no fuese el lugar que buscaban, pero convenía prevenirse contra todas las eventualidades.

Al fin, creyó haber hallado el sitio adecuado. Cuando terminó, abandonó la habitación en busca de un trabajo que realizar. El primero que le salió se lo encomendó la señora Gillings, cocinera del establecimiento: partir leña.

* * *

Marsh Roy despertó poco a poco. Su vuelta a la vida fue lenta, gradual, como si saliera de un gran banco de niebla, en el que hubiera estado sumido largo tiempo. La niebla se aclaró, perdió su espesor gris y, al fin, se encontró en un lugar lleno de luz amarilla y suave.

Abrió los ojos y miró lleno de estupor en torno suyo. Estaba tendido sobre sus espaldas, pero cierta dureza que notó en el lecho, le dijo que no era el cómodo y blando del hotel. Cuando consiguió hallar el foco ajustado de visión, sus sospechas se confirmaron.

Sentóse en el camastro bruscamente, invadido por una espantosa oleada de pánico. ¡Había caído en manos de la policía!

Esto fue lo primero que se le ocurrió al ver los muros, desnudos, de cemento gris y liso, sin el menor adorno; el lavabo con el grifo, el inodoro en un rincón, una pequeña mesa y un taburete, aparte de la cama, como único mobiliario de la celda, alumbrada por una sola lámpara de pequeño voltaje y pendiente del techo por el mismo conductor eléctrico que le proporcionaba la energía. Realmente, el aspecto del cubículo en que se hallaba, así como su tamaño, sugerían en el acto la idea de una celda carcelaria.

Había una puerta en un lado de la pared, situada frente a los pies de la cama. Era de hierro, o al menos, estaba forrada con planchas de dicho metal, y tenía una especie de mirilla para observar lo que sucedía dentro de la celda, desde el exterior. En la parte baja, se veía una ranura ancha de treinta centímetros por ocho o diez de alto; comprendió que debía utilizarse para pasar las comidas al interior de la celda.

Se puso en pie. Inmediatamente, se sintió acometido de un fuerte vértigo, que le hizo sentarse de nuevo en la cama. Cerró los ojos, sintiendo que la habitación giraba vertiginosamente en derredor suyo. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué se sentía tan débil? ¿Quién le había traído hasta allí?

Si había sido la policía, preciso era convenir que se habían portado con gran astucia. El sabor amargo y metálico que percibía en su lengua, le indicó, sin lugar a dudas, que había sido narcotizado. Pero] ¿cómo y dónde?

Trató de recordar detalladamente todo cuanto le había ocurrido desde su llegada al *Devil Inn*. No había pasado nada de particular; después de cenar, había sentido sueño y había subido a su habitación, en donde se acostó acto seguido. Poco más tarde, dormía profundamente... ¡y ahora se hallaba en un lugar distinto!

Haciendo un esfuerzo, se acercó al lavabo. Había una toalla; la mojó y se la pasó por la cara. Luego tomó unos sorbos de agua. Hubiera preferido un buen vaso de whisky, pero era preciso conformarse con lo que tenía.

A poco se sintió mejor, aunque la debilidad de sus piernas persistía. Frunció el ceño; aquello no le parecía lógico. ¿Era que había estado más de una noche durmiendo? ¿Cuántas horas... o cuántos días había permanecido sumido en la oscura nebulosa del sueño?

Tragó saliva. ¿Acaso los policías estaban empleando con él un nuevo procedimiento para conseguir rebajar su moral y hacerle confesar con un mínimo de esfuerzo?

Miró aterrorizado en torno suyo. Aquel espantoso silencio, terrorífico, espeluznante... le parecía infinitamente peor que media docena de duros agentes, en torno a él, y tras mi foco dirigido a su rostro. “¿Dónde estaba?”, se preguntó, sudando de pánico.

Corrió alocadamente hacia la puerta y la golpeó con ambos puños.

—Eh, oiga! ¡Escúchenme! —gritó, sin dejar de aporrear las planchas de metal con los puños—. ¡Sáquenme de aquí! ¡Tengo dinero...!

Se interrumpió bruscamente.

—¡El dinero! —balbució, aterrado.

¡Seiscientos mil dólares!

¿Dónde estaban? ¿Quién se los había arrebatado?

Horribles visiones galoparon frenéticamente en su imaginación. Le habían secuestrado para apoderarse de su dinero. Más tarde le asesinarían, su cuerpo sería enterrado en cualquier rincón de aquel desconocido valle..., nadie sabría ya jamás de él, nadie volvería a oír nunca su nombre...

Lentamente, se dejó resbalar hasta el suelo, quedando con el hombro derecho apoyado en la puerta. Las lágrimas corrieron por sus mejillas marcadas y gustó su sabor salado y amargo.

Más tarde, no sabría decir cuánto tiempo había pasado, una mano desconocida introdujo una bandeja con comida por debajo de la puerta. Al ver aquello, Marsh Roy gritó y gritó hasta enronquecer, pero el desconocido no hizo el menor caso de sus patéticas apelaciones. Sus pasos se alejaron, retumbando secamente por un corredor de sólidos muros: *toc, toc..., toc, toc..., toc, toc...*

Pasó mucho rato. Al cabo, relativamente tranquilizado, Marsh Roy se dijo que, cuando le ofrecían comida, era señal de que no pensaban matarle, por lo menos en un futuro demasiado próximo. No tenía sentido

permanecer en ayunas; y los manjares, en todo caso, le proporcionarían fortaleza; tal vez un día necesitaría estar fuerte y sólido para poder quebrantar aquella desconocida y misteriosa prisión.

Al terminar, sintió sueño. Aterrado, se dio cuenta de que había sido nuevamente narcotizado. Pero no pudo evitar el quedarse profundamente dormido a los pocos minutos.

CAPÍTULO V

La cocinera estaba preparando la cena. Agatha Peters esperaba el momento de servirla.

Diana Lloyd se asomó a la cocina.

—Señora Gillings, el doctor Paulsen cenará esta noche con nosotros.

—Muy bien —contestó la cocinera, sin volver siquiera la cabeza. Al cabo de un minuto casi, soltó un colérico bufido—: ¡El doctor Paulsen, mal rayo le parta!

—¿Qué le ocurre, señora Gillings? —preguntó la muchacha, extrañada por la actitud de la cocinera.

—El doctor Paulsen cenará esta noche con nosotros —dijo la mujer, remedando la voz y los ademanes de Diana Lloyd—. ¡Menudo fresco! ¡No paga nunca un centavo y encima, si la cena no está hecha a su gusto, te arma una escandalera tal, que no sabes dónde meterte! Claro que la culpa no es suya, sino de esa tonta de la señora Lloyd que se lo tolera todo.

Nick Stanfrey apareció en aquel momento en la puerta de la cocina, con la chaqueta colgada del hombro izquierdo. Al escuchar las cáusticas frases de la cocinera, se apoyó en la jamba y dirigió una mirada de simpatía a la muchacha.

Agatha le contestó con una alegre sonrisa. La señora Gillings no se había percatado aún de la presencia del joven y continuó su virulenta peroración:

—Lo dicho, dicho está. Diana Lloyd es una tonta. No sé qué ha podido ver en un tipo como Paulsen, para volverse loca por él... Claro está que cada una de nosotras somos un mundo, aunque, la verdad... Diana es ya madurita, ya no es una niña como tú, Agatha; pero, vamos, todavía tiene mucho que ver y haría volver la cabeza a todos los hombres, si se lo propusiera...

Pegó dos golpes con la mano de almirez, que hicieron retumbar la cocina, y siguió hablando con acida volubilidad:

—Aquí hay gato encerrado, niña, te lo digo yo. Ese médico y la señora Lloyd... ¡Hum! Me huele a chamusquina, ¿entiendes? Bueno, mejor que no entiendas, porque hay cosas que una las ve y siente náuseas... En mis

tiempos no pasaba esto, te lo aseguro; una mujer, o era decente o no lo era, pero la que no tenía decoro, no pretendía hacerse pasar por honrada... En cambio, Diana Lloyd y ese médico...

Empezó a llenar los platos de sopa.

—Digo yo, que no sé para qué diablos mantendrá ella este condenado negocio. Dos huéspedes, tres cuando más, en lo más fuerte del verano, reunimos seis, pero solo fue una semana... Aquí pierde dinero, aunque si lo hace con gusto, por estar al lado de su adorado matasanos, a fin de cuentas, de ella es... Pero si yo estuviera en su sitio, vendería este maldito caserón, pegaría una patada a Paulsen y me iría a una gran ciudad, sí, señor; a buscar un hombre bueno y decente que...

De pronto, se percató de que Nick estaba en la puerta y frunció el ceño.

—¿Qué haces tú ahí, parado como un poste de teléfonos? Vamos, siéntate a cenar, y date prisa, que luego tienes que fregarme la vajilla. Muchacha, toma la bandeja y sirve —se dirigió a Agatha—. Si no fuera porque, en medio de todo, me pagan un sueldo magnífico, esta posada del diablo podría irse a los mismísimos infiernos. ¿Te lleno más el plato, Nick? —preguntó con una solicitud que contrastaba notablemente con su tono irritado de unos segundos antes.

Stanfrey mantuvo la puerta abierta para que Agatha pudiera salir con bandeja. Luego se sentó a la mesa.

—Hombre, un cazo más no vendría mal del todo —dijo en tono casual—. Así como así, tengo un hambre de lobo y esta sopa huele magníficamente. Agatha tenía razón cuando nos vimos por primera vez; aseguró que usted era la mejor cocinera del mundo y no se equivocó, no, señor.

—¿Eso te dijo? —sonrió, halagada—. Es una buena chica, te lo digo yo, que he visto muchas cosas en este pícaro mundo y tengo una gran experiencia al respecto. Sí, señor; una buena chica y eso que solo hace dos días que está aquí. Pero es que tampoco hace falta más tiempo para conocer a una persona, con solo dos dedos de frente que tenga una. En cambio, esa Diana Lloyd...

—A veces, las apariencias engañan, señora Gillings —dijo Stanfrey, suavemente.

—A mí, no, desde luego. Parece dulce y modosa, pero solo por fuera. Es una lagarta y de las grandes. Y no hablemos ya del médico...

—Lo que me extraña a mí es que haya un doctor en estos parajes tan desiertos —comentó el joven en tono intrascendente—. ¿Acaso es empleado del albergue? Algunos hoteles —añadió—, tienen uno propio para sus clientes.

—¡Médico de *Devil Inn*! —bufó la cocinera, despectivamente. Ese qué va a ser médico del albergue... Vive en la casa del otro lado del valle y tiene un laboratorio de no sé qué. Investigador, pero me parece a mí que lo

que Paulsen investiga, cabe en ese plato de sopa y aún sobra sitio.

Agatha regresó en aquel momento. Sonreía brillantemente y su aspecto no podía ser más atractivo.

—¿Qué tal va el segundo plato, señora Gillings?

—Ahora mismo, chiquilla.

Agatha miró al joven y le guiñó un ojo. Stanfrey sonrió. Le gustaba la muchacha... aunque era una lástima que solo llevase en la posada veinticuatro horas más que él. Pese a las manifestaciones de la cocinera, creía a Agatha mucho más inteligente. De haber llevado más tiempo en *Devil Inn*, le podría haber dicho muchas cosas, naturalmente, interrogada con habilidad y como sin darle importancia a la cosa.

Era cuestión de tener paciencia, resolvió al fin. Y se aplicó a la cena con el apetito propio de su edad.

Después, tal como le había dicho la señora Gillings, fregó la vajilla.

* * *

Antes de abrir la puerta, Diana Lloyd miró temerosamente al doctor Paulsen. Su cara era una mancha borrosa de color algo más claro en la penumbra del pasillo.

—¿Y si viene él? —preguntó, en tono aprensivo.

—Está, fregando los cacharros. Y muy entretenido con las dos mujeres —respondió bruscamente el médico—. En todo caso, procura entretenerle unos minutos. Pegas un golpe con el tacón en la puerta y yo saltaré por la ventana. —Con gran cinismo, añadió—: Tienes sobrados atractivos para distraerle no unos minutos, sino unos días.

Diana apretó los labios, mientras su opulento busto se agitaba tormentosamente. Quería abandonar a aquel hombre que, estaba segura de ello, la conducía a la perdición, pero no podía hacerlo; cada vez que él la miraba, se sentía desfallecer, como el pajarillo al recibir la hipnótica mirada de la serpiente. ¿Qué otra cosa si no la había empujado a los brazos de Frick Paulsen?

Apoyó los hombros en la puerta y cerró los ojos, mientras su mano derecha se crispaba sobre la tela del arpiño de su vestido. Al otro lado, el doctor Paulsen registraba minuciosamente el dormitorio del nuevo empleado del hotel.

Lo hizo rápida y diestramente, sin encontrar nada de particular. Recelaba de todo y de todos; por dicha razón, también había registrado el equipaje de la nueva recepcionista, pero no había encontrado tampoco nada sospechoso.

Al cabo de un rato, volvió todas las cosas a su sitio. Arrojó una mirada circular en torno suyo; el cuarto había quedado tal como lo encontrara.

Abrió la puerta. Diana le dirigió una ansiosa mirada.

—¿Algo de particular?

Una brillante sonrisa distendió los sensuales labios de Paulsen. Rodeó el carnoso talle de la mujer con un brazo y la atrajo hacia sí.

—Nada, querida —respondió—. Es un buen muchacho, simplemente.

—Me alegro —murmuró ella—. Pero, ahora, vámonos, antes de que venga y nos sorprenda.

—Espera un momento —dijo Paulsen—. Hay tiempo.

Se inclinó hacia Diana. A ella le pareció que un gran vampiro se disponía a chuparle la sangre. Pero se entregó a la caricia con un gesto de frenética desesperación, como si quisiera agotar en aquellos breves segundos todo el placer de una vida que —estaba segura de ello— se encaminaba rectamente hacia la catástrofe.

* * *

A las tres de la madrugada, el minúsculo despertador del reloj de pulsera, vibró sordamente en la oscuridad del dormitorio.

Nick Stanfrey se despertó en el acto. En silencio, sin hacer el menor ruido, saltó de la cama y se vistió, con las ropas que ya había dejado dispuestas adecuadamente. Luego, colocándose casi de bruces en el suelo, metió la mano por debajo de la cama y extrajo una minúscula linternilla que había dejado sujeta a los muelles con una tira de cinta adhesiva.

Se felicitó de la precaución; alguien había estado en el cuarto, registrándolo minuciosamente. Le había dejado todas las cosas tal como estaban, al menos en apariencia, pero él sabía, por algunos detalles, que un desconocido había querido saber algo más de él. Las sospechas que primero concibiera, señalando a *Devil Inn* como centro de aquellas misteriosas desapariciones, empezaban a tomar cuerpo.

Abandonó la estancia. La linterna despedía un haz de rayos apenas más grueso que un lápiz. Calzaba zapatos con suela de goma, lo que evitaba todo ruido. El silencio era absoluto dentro del edificio; apenas si se escuchaba a lo lejos el tenue rumor de las aguas del arroyo.

Llegó al salón y se acercó al mostrador. Abrió el libro del registro de huéspedes y empezó a examinarlo.

La última inscripción pertenecía a un tal Martin Rydd, llegado veinticuatro horas antes que Agatha Peters. La muchacha no le había hablado para nada de aquel huésped, lo cual significaba que Rydd se había ausentado antes de su llegada.

Reflexionó durante unos segundos. Martin Rydd y Marsh Roy tenían las mismas iniciales. Presumiblemente, se trataba de la misma persona, puesto que el pistolero no había llegado a Waterville. Pero entonces, si pensaba

escondirse en un lugar tan discreto y recatado, ¿a qué, entonces, una huida tan repentina?

Era un enigma que no comprendía. Se mordió el labio inferior, bastante desconcertado. Si Roy no quería dejar rastros tras de sí, no resultaba lógica una estancia de tan solo veinticuatro horas. En tal caso, hubiera buscado algún motel de los que había a lo largo de la ruta, entre Bartlett City y Waterville... y ni siquiera eso, porque no se necesitaba, calculó, pasar la noche en un motel en un espacio de setenta y cinco millas, después de haber abandonado la ciudad en pleno día.

Al cabo de unos momentos, continuó el escrutinio del registro. De pronto, su vista tropezó con un nombre femenino: Mary Ann Renfield. Era la viuda adinerada, que había desaparecido con veintidós mil dólares en joyas y dos mil quinientos más en efectivo.

Más arriba encontró los nombres de las otras dos personas desaparecidas: Fred Guiltman, *salesman*. Vendedor, ¿de qué? Tomó nota mentalmente; tenía que enterarse de la clase de artículos que representaba Guiltman. El otro respondía, o había respondido, al nombre de Randolph O'Brain y, como el señor Hayes, actual huésped del hotel, era un hombre de negocios retirado. Ambos llevaban bastante dinero efectivo encima en el momento de su desaparición. ¿Qué les había sucedido?

De una cosa podía estar seguro: Los tres desaparecidos y, muy posiblemente, también el pistolero, habían habitado *Devil Inn* durante algunos días. ¿Cuántos? Salvo Roy, de quien sabía que solo había permanecido menos de veinticuatro horas, tendría que averiguar el tiempo exacto, que no constaba en el registro.

Regresó a su habitación. Extrajo el transmisor de radio, colocado en el mismo sitio que la linterna. Puesto que era él quien se arreglaba su habitación, no había miedo de que se lo descubriesen.

Desplegó la antena telescópica y esperó unos minutos. La hora concertada eran las cuatro en punto de la madrugada, momento en que, tanto él como el jefe Pruwell habían calculado que podrían comunicarse, sin temor a ser sorprendido.

A la hora convenida, abrió una rendija de la ventana; no quería interferencias, ya que, a pesar del aspecto pretendidamente rústico del albergue, no podía asegurar que no figurase el hierro en la armazón de su estructura, en cuyo caso, el metal absorbería la mayor parte de las ondas hertzianas. Sacó la antena por la rendija y dio el contacto.

El *talkie-walkie* tenía un alcance limitado a unas treinta millas. El coche de la Jefatura de Policía de Bartlett City estaba a veintidós, poco antes de Arrowland.

CAPÍTULO VI

El comisario Pruwell lanzó un suspiro de alivio al escuchar la voz del joven.

—Hola, Nick —saludó—. ¿Qué tal?

—Bien, jefe. Conseguí la colocación y todo marcha sobre ruedas. Han registrado mi habitación, ¿sabe?

—¡Vaya! Eso significa que recelan de usted —gruñó el comisario.

—No. Al contrario, recelan de todos, pero al no encontrar nada, se han tranquilizado. No se preocupe, jefe. Lo interesante es que mi teoría se va haciendo realidad.

—¡Vamos, hable; no me tenga sobre ascuas, muchacho! —exclamó Pruwell, excitadamente—. ¿Qué ha averiguado?

—Primero, los tres desaparecidos estuvieron en *Devil Inn*, tal como yo había supuesto. Sin embargo, no sé dónde se marcharon desde aquí, suponiendo que lo hiciesen. Pero tenemos una base, y es que los tres eran personas adineradas y llevaban encima bastante efectivo. Sus nombres constan en el registro, pero lo que me extraña es que Fred Guiltman fuese vendedor.

—¿Vendedor? Ah, sí —afirmó el jefe—. Era corredor de una importante casa de joyas. Siempre llevaba encima un buen muestrario, tal vez por valor de cincuenta o sesenta mil dólares.

Stanfrey silbó tenuemente.

—Eso explica muchas cosas —comentó—. Bien, también figura en el registro un tal Martin Rydd, cuyas iniciales coinciden con las de Marsh Roy. Este, sin embargo, se marchó —o desapareció—, antes de las veinticuatro horas de su llegada. Creo que es el ladrón de los seiscientos mil dólares, aunque no estoy en condiciones de afirmarlo. Haré todo lo que pueda, sin embargo.

—Bien, muchacho, en dos días ha adelantado usted más que todos nosotros en muchas semanas —elogió Pruwell, muy satisfecho. ¿Qué más?

—¿Hay alguien a su lado? Necesito que tome nota de unos cuantos nombres para que hagan pesquisas y me faciliten los antecedentes.

—El sargento Zachary está a mí lado. Hable cuando quiera, Nick.

—Muy bien. La dueña del hotel se llama Diana Lloyd. Treinta y ocho o cuarenta años, buenas carnes, vistosa, rubia, ojos azules. Se hace llamar señora, aunque ignoro su estado civil.

—Conforme.

—La cocinera es Gillings de apellido. Tengo idea de que es ajena a todo, pero conviene que me digan algo. Su nombre es Adela. Hay, también, una muchacha de veintidós o veintitrés años, llamada Agatha Peters, recepcionista y camarera, todo en una pieza. Alta, esbelta, cabellos castaños y ojos grises.

—Adelante. ¿Hay más gente en esa posada del infierno?

—Dos huéspedes. Lewis Hayes, negociante retirado, unos cincuenta y cinco años, calvo, grueso, ojos azules, una anciana de sesenta o más años, Zerelda Oppypoint, rica, refugiada aquí para huir de la voracidad de sus sobrinos.

—Tendremos todos los datos en el menor tiempo posible. ¿Queda algo en su tintero, Nick?

—Sí. Un sujeto que vive en una casa situada en el valle, a unos cuatrocientos metros de *Devil Inn*. Es médico investigador, según creo. Se llama Frick Paulsen, un poco más bajo que yo, pero más ancho y, pese a sus cincuenta años, tremendamente fuerte. Pelo negro, nariz aguileña y barba muy negra, de unos cuatro centímetros de espesor. Ojos muy profundos y penetrantes y cejas pobladas, aunque no unidas en el centro. Esos son todos los personajes que residen en *De vil Inn* y en el valle.

—¡Rayos! —gruñó Pruwell—. Esa descripción que acabas de hacerme parece la del propio Satanás.

Stanfrey sonrió al escuchar el pintoresco comentario de su jefe. Después de cambiar algunas frases más, sin importancia, cortó la comunicación.

Replegó la antena y guardó el transmisor en el mismo sitio. Después, se desnudó, no sin antes haber puesto el despertador para las seis y media de la mañana en punto. Poco después, dormía profundamente.

A las ocho de la mañana, Agatha entró en la cocina con la bandeja de un desayuno, que casi no había sido tocado.

—¿Qué le pasará a la señora Lloyd? —exclamó—. Apenas ha tomado una tostada y una taza de café.

—Es que quiere conservar la línea —respondió la cocinera, con la causticidad de costumbre—. A poco que se descuide, se pondrá como un tonel... qué es lo que me pasó cuando llegué a sus años. Ahora que ya, a mí, me importa poco; tengo cincuenta y tantos —se quitaba cinco tranquilamente—, y los hombres dejaron ya de interesarme. No te enfades, ¿eh, Nick?

El joven sonrió.

—Con una maestra del arte culinario, es imposible enfadarse, señora Gillings. ¿Un poco de café, Agatha? —ofreció galantemente.

—Sí —aceptó ella con gesto pensativo—. No, no se trata de conservar la línea.

—¿Qué es lo que dice? ¿A qué se refiere? —preguntó Stanfrey.

—A la señora Lloyd. Tenía ojeras y los ojos encamados. A mí me pareció que había llorado bastante durante la noche.

—Eso es por culpa de ese maldito matasanos —exclamó la cocinera—. La lleva de la nariz por dónde él quiere y no me extrañaría que, incluso, le diese una somanta de cuando en cuando. Tipos como el doctor Paulsen son de los que acostumbran, a pegar a las mujeres. ¡Conmigo podía intentar hacerlo; no iba a ganar para rodillos de amasar harina!

Stanfrey y la muchacha se echaron a reír. Luego, él, se puso en pie.

—Voy a dar un repaso al generador —manifestó—. Anoche me pareció que no funcionaba bien y daba menos voltaje del que corresponde.

Salió de la cocina. La señora Gillings miró a la muchacha y le guiñó un ojo picarescamente.

—¡Un buen mozo! ¿eh? Una cosa así te convendría a ti, chiquilla. —Se puso una mano sobre la saliente cadera del mismo lado y, con acento pensativo, añadió—: Pero tendrías que convencerle de que buscase un empleo mejor y que le produjese más dinero. No sé, la verdad, cómo un chico tan listo como Nick ha tenido que venir a parar aquí. ¿Qué opinas tú, Agatha?

—Cada uno conoce sus propias necesidades, señora Gillings —respondió la muchacha sentenciosamente—. Yo tampoco hubiese creído tener que servir un día la mesa y ya me ve, obligada por la falta de trabajo...

—Eso es cierto —convino la parlanchina cocinera—.

A pesar de todo, ese chico... ese chico... Pero es bueno —afirmó de repente—. Te lo digo yo, que sé calibrar a la gente con una sola mirada.

Agatha se sintió preocupada de repente. En efecto, tal vez la señora Gillings tenía razón. Nick parecía un muchacho culto, educado, de buenas maneras... incluso era posible que con estudios universitarios.

“¿Era que no había encontrado otra salida para sus conocimientos que aquel ínfimo empleo?”, se preguntó, conturbada por las observaciones de la cocinera.

“Con el tiempo, intimarían un poco más —se dijo—. Tal vez, entonces, supiese más cosas de Nick. Por el momento, sin embargo, tenía que dar la razón a la señora Gillings en una cosa: Nick era un buen muchacho”.

* * *

Toc, toc..., toc, toc..., toc, toc...

Al oír los pasos que sonaban en el corredor, Marsh Roy se tiró de la cama y corrió hacia la puerta. Unos segundos más tarde, aparecía la

bandeja con la comida.

—¡Escuche! —gritó—. Óigame usted, sea quien sea. No sé qué diablos pretende de mí ni qué es lo que quieren hacer conmigo, pero una cosa le digo: no pienso comer, no tomaré un solo bocado, hasta que me dejen suelto. ¿Me ha oído? Si tiene un jefe, dígaselo así, punto por punto; y si es usted mismo el jefe, entonces, ¡mande la comida al diablo!

Pegó una violenta patada a la bandeja y la pasó de nuevo al otro lado, desparramando su contenido por el suelo.

—¡Eso es lo que hago yo con sus cochinos alimentos narcotizados! —bramó—. Si alguna vez oyó hablar de la huelga del hambre, aquí tiene a uno que acaba de iniciarla en este mismo momento.

Roy esperó unos instantes, con los nervios en tensión. El individuo desconocido continuaba al otro lado de la puerta, en silencio.

Pasaron unos minutos, tal vez cinco. De pronto, los pasos se alejaron, con su clásico sonido tableteante y rítmico.

Luego volvió el silencio. Furioso y despechado por el fracaso de su estratagema, Marsh se tiró encima de la cama y empezó a desgarrar las sábanas con furia, babeando como un demente atacado por un paroxismo de rabia.

El acceso se le pasó bien pronto, no obstante. Jadeante, sudoroso, con los ojos fuera de las órbitas, se sentó en el lecho, tratando de serenarse para razonar.

Había llegado a la conclusión de que no era prisionero de la policía. Hubiera sido interrogado inmediatamente después de despertar; a fin de cuentas, una de las cosas que más les interesaba era recuperar el dinero y éste se hallaba en su habitación la noche que llegó a *Devil Din*.

Ahora bien, si no era prisionero de la policía, ¿quién le retenía en aquella celda? El que fuese, también tenía el dinero. Por lo tanto, ¿para qué tenerle preso? ¿No hubiera resultado mejor degollarle durante el sueño de la primera noche, y luego enterrarle ocultamente en algún discreto rincón del valle?

Pero una cosa había cierta: de momento, les había demostrado que él también podía actuar, contraatacando con la huelga del hambre. Querían conservarle con vida, puesto que le daban de comer. Si se negaba a consumir los alimentos, deberían tomar alguna determinación. Tal vez entrasen en la celda...

Se puso en pie lentamente, lamentando haber sido despojado incluso de los cigarrillos y los fósforos. Hubiese dado un billete de a cien por un paquete de pitillos y una tira de cerillas.

—¿No habría modo de hacerle entrar, por lo menos, a uno, en la celda? Conocía algunos trucos de mala ley, en la lucha, y podía dar un buen disgusto al más pintado. Pero, ¿cómo forzarles a abrir la puerta?

¿Y si le dejaban unos días sin comer, a fin de rendirle por hambre?

Francamente, no se sentía muy inclinado a mantener el ayuno. A los dos días, lo preveía claramente, devoraría cuanto le pasaran por debajo de la puerta, aunque estuviese narcotizado, con lo que su amenaza habría quedado reducida a un ex abrupto sin consecuencias.

De pronto se fijó en un detalle que hasta entonces le había pasado poco menos que desapercibido. La habitación carecía de ventanas; la puerta era el único hueco, excepto un orificio circular de unos veinte centímetros de diámetro, situado casi encima del inodoro.

Arrojó una rápida mirada a las sábanas medio desgarradas. Luego, repentinamente, agarró la mesa y la situó bajo el orificio, subiéndose a continuación al mueble, con gesto lleno de resolución. Alargó la mano y tanteó con los dedos por el interior del tubo, que servía para la aireación del cuarto.

Sonrió satisfecho. Allí estaba lo que buscaba. El tubo le ayudaría a salir... aunque no saliese por él mismo. En su misma boca, tenía un reborde interno de un centímetro de grueso, que, estimaba, podía servirle para sus fines.

Se bajó de la mesa y agarró una silla, estrellándola contra la pared. Necesitó tres o cuatro golpes para reducirla a astillas.

—Con lo fácil que lo hacen en el cine —gruñó, eligiendo una pata.

Sopesó el trozo de madera, que luego dejó aparte.

A continuación buscó otra pata, la cual partió de tal forma, que la longitud de uno de sus fragmentos fuese superior al diámetro del tubo.

Una vez logrado esto, subió de nuevo a la mesa y colocó el trozo de madera en sentido transversal, apoyado en uno de los lados del reborde por uno de sus extremos. El otro quedaba apoyado en el lado opuesto del tubo y en posición ligeramente inclinada, a causa del exceso de longitud, cosa que no tenía importancia alguna.

Al terminar, agarró con una mano el trozo de pata y crispó los dedos con fuerza. Acto seguido, pegó una patada a la mesa y la volcó.

Quedó colgado del palo por una mano. La madera resistió su peso.

—Es lo que yo necesitaba —dijo, muy satisfecho, a la vez que se soltaba y caía al suelo desde veinticinco centímetros de altura.

CAPÍTULO VII

Aquella mañana, la señora Lloyd vestía un suéter de lana color café con leche, que destacaba las generosas líneas de su opulento busto, un pañuelo de seda verde en torno al cuello y unos pantalones de tela recia y color rojo, estrechamente ceñidos a sus abundantes caderas.

Nick Stanfrey la vio venir y suspendió su trabajo en el acto.

—Buenos días, señora —saludó, destocándose cortésmente. Para limpiar de hierbas nocivas el jardín de la parte posterior, se había quedado en mangas de camisa, y sus brazos musculosos asomaban por fuera de la tela.

—Buenos días, Nick —contestó ella—. Hoy tendrá que ayudar al doctor Paulsen.

—Lo que usted mande, señora —respondió Stanfrey, disimulando el júbilo que le producía la noticia.

—Irá después del almuerzo de mediodía. Haga todo lo que él le diga exactamente.

—Sí, señora.

Diana Lloyd se dispuso a irse, pero, de repente, se detuvo y contempló al joven con expresión pensativa.

—Dígame, Nick, ¿está usted contento con su trabajo?

—Oh, sí, señora —respondió el joven sin vacilar—. No es excesivo y, considerando que tengo la comida y el alojamiento pagados, puede afirmarse que, junto con el sueldo, estoy bien remunerado.

—El tiempo es desapacible en esta época —apuntó ella.

—Pero en el verano, *Devil Inn* debe ser un lugar maravilloso, señora.

—Eso es cierto —convino Diana, sin abandonar su expresión melancólica.

A Nick le parecía como si ella quisiera decirle algo, aunque sin atreverse del todo a franquearse con él. Estuvo tentado de animarla a hablar, pero se dijo que debía guardar la circunspección en todo momento y no olvidar su papel de mozo de servicio. El menor detalle, podía echar a rodar su plan tan bien trazado.

No obstante, resolvió realizar un tímido intento.

—¿Decía usted algo, señora? —preguntó en tono sugerente.

Diana sacudió la cabeza, a la vez que exhalaba un profundo suspiro. El tejido de lana de su suéter se dilató con movimientos fascinantes.

—No, nada, Nick; eso es todo.

—Sí, señora.

Stanfrey encendió un cigarrillo mientras ella se alejaba. Exhaló el humo pensativamente y estuvo así unos momentos, hasta que, de pronto, oyó una voz a sus espaldas:

—Maravilloso espectáculo la señora Lloyd vista por detrás, ¿eh?

El joven sonrió.

—Las cosas bellas están hechas para recrear la vista, Agatha —contestó, volviéndose hacia la muchacha—. El espectáculo de su lindo rostro, arrebolado por el fresco de la mañana y, tal vez un tanto por la indignación, es incomparablemente superior al de la vista posterior de la señora Lloyd y, en lo que a mí concierne, infinitamente más digno de admiración.

Ella le entregó una taza de café que había traído.

—Le advierto a usted que los elogios no me producen efecto —contestó en tono un tanto arisco.

—¿De veras —Stanfrey la contempló por encima del borde de la taza de café—. Escuche, Agatha; si yo tuviese dinero, lo primero que haría sería pedirle que se casase conmigo...

—¡Qué desvergonzado! —exclamó ella, sonrojándose— más todavía.

—... Y después —continuó Dick, imperturbable—, nos vendríamos a pasar aquí la luna de miel, pero en la primavera, cuando los árboles están cubiertos de hojas, los prados llenos de flores y el sol resplandece en el cielo. Pero —suspiró—, es un sueño irrealizable; aunque nos casásemos, la minuta de *Devil Inn* debe ser prohibitiva para unos pobretones como nosotros.

Agatha cayó ingenuamente en la trampa que el joven le tendía.

—Hombre, no crea —respondió—. He examinado el registro de facturas y, la verdad, no se puede decir que el precio del hospedaje sea una cosa del otro mundo.

—¿De veras? Yo creía que la señora Lloyd la había encargado estrictamente de la recepción, además de servir a la mesa.

—Bien, en realidad, así ha sido; lo que sucede, es que, al ir a poner en orden unas facturas que hallé en una de los cajones del mostrador, encontré también el libro de cuentas. Lo examiné, por curiosidad, claro y...

—Entonces —sonrió él brillantemente—, tal vez ahorre para dos semanas de luna de miel aquí. Con usted, Agatha, por supuesto.

—No me casaría con un hombre que tiene siempre la vista fija en la dueña del hotel —respondió ácidamente. Le quitó la taza y el platillo y emprendió el regreso hacia la cocina—. Ya puede seguir mirando todo lo

que quiera, tipo fresco.

—Y, ¿a quién se piensa que voy a contemplar ahora? —rió él alegremente.

* * *

Examinó la casa del doctor Paulsen desde lo alto de una pequeña eminencia situada a menos de un centenar de metros de distancia. Era una construcción de una sola la planta, de sólidos muros y tejado pizarroso, a dos aguas, con una puerta de gruesos batientes de madera, de un tamaño algo mayor que lo corriente, cosa que no dejó de extrañarle. Descendió la cuesta, siguiendo el camino que conducía al edificio, percatándose de otros detalles a medida que avanzaba por aquel terreno.

Por ejemplo, la relativa pequeñez de las ventanas y su hermético cierre, con postigos interiores. No se veía tampoco humo ni la menor señal de vida. ¿A qué diablos se dedicaba el doctor Paulsen en aquel edificio que no parecía reunir condiciones para laboratorio?

Cuando estaba a punto de llegar a la casa, oyó el zumbido de un motor de automóvil. Extrañado, volvió la cabeza, viendo que se acercaba un pesado camión de transporte, con grúa incorporada para facilitar la carga y descarga de las mercancías contenidas en su plataforma.

El camión y él alcanzaron simultáneamente la explanada de la casa. Casi en el acto, se abrió la puerta y el doctor Paulsen apareció ante la vista del joven.

—Buenos días, doctor —saludó Stanfrey—. La señora Lloyd me encargó que viniese a ayudarle.

—Gracias —contestó el médico secamente.

El conductor del camión se les acercó.

—¿Doctor Paulsen? —preguntó.

—Yo mismo —contestó el aludido.

—Le traigo su pedido. La factura por el transporte importa cuatrocientos noventa y dos dólares con sesenta centavos — manifestó el chófer.

—Muy bien. Le abonaré el dinero apenas hayamos descargado. ¿Nick, quiere venir conmigo?

—Sí, doctor.

Los dos hombres penetraron en la casa, pero no pasaron del zaguán, en donde el joven divisó una carretilla de plataforma, con mecanismo manual para dejarla, con la carga, al nivel del suelo si así se deseaba.

—Saque la carretilla afuera y cargue en ella la caja que han traído — ordenó Paulsen.

—Sí, doctor.

El joven asió el mango de tiro y guía, y arrastró la carretilla,

colocándola al pie de la zaga del pesado camión. El conductor estaba colocando el gancho de la polea en la posición adecuada para la descarga de la enorme caja que había transportado y que, cubierta por completo con una lona, impedía ver su contenido.

El doctor estaba dentro todavía. Stanfrey no desaprovechó la ocasión. Cuando el conductor saltaba al suelo para irse a la cabina, desde donde haría funcionar la grúa, le preguntó:

—¿Qué demonios hay en esa caja?

—No es una caja sino una jaula. Y contiene un mono.

Stanfrey se quedó tan parado, que no supo qué decir. Unos segundos más tarde, salía el médico, cuando la jaula estaba ya suspendida en el vacío.

La aguda vista del joven reparó al instante en los cinco billetes de a cien dólares que Paulsen tenía en las manos. Sufrió un fuerte choque al recordar que, entre el dinero robado por Marsh Roy, figuraban nada menos que cuarenta fajos con cien billetes de a cien dólares cada uno, es decir, cuatrocientos mil. En aquel momento, hubiese dado algo bueno para poder apoderarse de uno de aquellos billetes y enviárselo a su jefe, para compararlo con la numeración de los robados por el pistolero.

Pero no podía hacerlo. En cambio, lo que sí hizo, mientras observaba los movimientos de la grúa, fue grabar en su memoria la matrícula del camión y la empresa de transportes. Alguien interrogaría al chófer y le pediría permiso para examinar el dinero recibido como pago de sus servicios.

La caja quedó, al fin, depositada sobre la carretilla. Paulsen entregó al conductor los cinco billetes.

—Guárdese la vuelta para que se tome unos tragos, amigo —dijo generosamente.

—Gracias, doctor.

El camión arrancó a los pocos momentos. Entonces, Paulsen dijo:

—Ayúdeme, Nick.

La jaula era muy pesada. Ciertamente, se necesitaban dos hombres para arrastrar la carretilla. Aun así, el joven se preguntó, qué clase de mono era el que estaba prisionero dentro de la jaula; el peso de la estructura de hierro, aun siendo notable, no, justificaba el empleo de dos hombres para tirar de la carretilla. Debía ser un mono de gran tamaño... ¿acaso un gorila? Pero, ¿qué diabólicos experimentos eran los que hacía el doctor en su laboratorio?

Colocaron la carretilla frente a una puerta, que daba a un corredor de cemento, alumbrado por una sola bombilla pendiente del techo. Al final, se divisaba una segunda puerta, aunque estaba cerrada herméticamente y no permitía ver lo que había tras ella.

La jaula dejaba un espacio apenas suficiente para que un hombre

pudiese pasar al otro lado. Paulsen sacó de su bolsillo un billete de a diez dólares y se lo entregó al joven.

—Muchas gracias, Nick —dijo cortésmente—. Aquí tiene, para que tome un trago.

El joven se tocó la sien con un dedo.

—Agradecido, doctor —contestó—. Y ya sabe, cuando necesite de mí, no tiene más que avisarme.

Paulsen asintió silenciosamente. El joven salió de la casa y emprendió el camino de vuelta al albergue.

Al llegar a lo alto del cerrillo se volvió.

La puerta estaba cerrada de nuevo. La casa había recobrado su anterior aspecto de impenetrabilidad. Sin poder contenerse, Nick sintió que un ramalazo de frío le corría bruscamente por la espalda.

Unas gotas de lluvia mojaron de pronto su rostro. Giró sobre sus talones y reemprendió la marcha a buen paso.

CAPÍTULO VIII

Marsh Roy ya tenía todo preparado. Solo faltaba la ocasión propicia.

Esperaba pacientemente. No tenía prisa. El desconocido llegaría un momento u otro. Lo único que hacía falta era calcular bien el tiempo. En el peor de los casos, si fracasaba, sería cosa de intentar otro procedimiento. Aunque estaba firmemente convencido de que aquel daría resultado.

Al fin, oyó los pasos en el corredor. Entonces, se precipitó hacia la silla que había colocado directamente bajo el tubo de aireación.

Atado al palo atravesado dentro del tubo, había un lazo corredizo hecho con tiras de sábana. Claro que Roy no pensaba dejar que, por un error, el ahorcamiento se hiciese efectivo. Había ideado un truco que le permitiría a él mismo deshacer el lazo, si el desconocido no entraba en el cuarto. Pero entraría, ¡claro que lo haría!

Pasó la cabeza por el lazo y lo ajustó a su garganta. Luego tomó otra tira de la sábana, que le llegaba un poco más abajo de la cintura. Si su idea fallaba, tiraría del trozo de sábana y el nudo de la parte superior se desharía en el acto. Era un simple lazo, idéntico al de los cordones de los zapatos, aunque con la suficiente potencia para sostener su cuerpo mientras él no lo deshiciera.

Vio asomar la bandeja. Pegó una patada a la silla, la cual se volcó con estrépito.

Inmediatamente, sintió en su garganta el violento estrechón del lazo. El aflujo de aire a sus pulmones quedó cortado en el acto. Los burbujeos que se escaparon de su garganta eran completamente auténticos.

Notó que los ojos le dolían. La lengua pugnó por asomar entre sus labios. El dolor se acentuó, mientras su mano se crispaba con fuerza sobre el extremo de la tira de sábana que le permitiría suspender la farsa a voluntad.

La habitación se volvió roja repentinamente. “¿Voy a morir?”, se preguntó aterrado, mientras sus piernas, moviéndose por sí solas, se agitaban frenéticamente en el aire.

Los gorgoteos se acentuaron. Entonces, se abrió la puerta.

El doctor Paulsen lanzó una maldición al ver a su prisionero colgado

del cuello, lívido, amoratado, con todos los síntomas de estar a punto de fallecer por estrangulamiento.

—¡Maldición, no! —bramó—. ¡Te necesito vivo, condenado!

Y se precipitó hacia él, abrazándole por las piernas, para suspenderle en el aire y evitar así la presión del lazo.

En el mismo momento, Marsh Roy pegó un tirón a la tira de sábana. El lazo se deshizo y la presión sobre su cuello cesó. El aire entró a chorros en sus doloridos pulmones.

Se recuperó. Movi6 la mano derecha y asestó a Paulsen un terrible puñetazo en el pómulo. El médico lanzó un rugido de dolor y le soltó.

Los dos hombres rodaron por tierra. Marsh, prevenido, fue más rápido y se puso en pie de un salto, adelantándose al médico por una fracción de segundo.

Su rodilla derecha chocó contra la barbilla de Paulsen, derribándole de nuevo por tierra. Los pies de Frick se levantaron hacia arriba.

El pistolero no quiso perder más tiempo. Frenéticamente, se lanzó hacia la puerta y franqueó el umbral, atropellando al pasar la bandeja con la comida. Corrió unos metros, divisando al final una escalera de peldaños de cemento.

La escalera concluía en una puerta. Roy la abrió. Entonces, al ver lo que había al otro lado, lanzó un alarido de pánico.

—¡No! —gritó, retrocediendo un paso instintivamente.

Un terrible gruñido contestó a sus chillidos. Roy oyó ruido de hierros sacudidos con fuerza y sintió que su miedo aumentaba enormemente, hasta alcanzar límites inconcebibles.

Horrorizado por lo que veía, dio media vuelta y huyó a la carrera. Tenía que haber otra salida, a la fuerza. Desconocía la estructura del edificio, pero estaba seguro de que había otra salida. La encontraría y...

De repente, se encontró con el desconocido de la barba negra. Los labios de Paulsen estaban manchados de sangre, a la vez que sus ojos brillaban con una cólera irrefrenable.

Ciertamente, Marsh Roy no era un alfeñique, pero la fuerza de Paulsen era muy superior a la suya, Roy trató de defenderse vanamente.

Paulsen estaba muy irritado por la jugarreta que le había hecho su huésped forzoso. Lanzó hacia adelante sus puños, martilleando con rabia el rostro y el estómago del pistolero, cobrándose así el engaño y los golpes recibidos. Al fin, Roy lanzando un gemido, se desplomó al suelo, con la cara tumefacta y ensangrentada, sintiéndose irremediabilmente derrotado.

El médico se agachó y lo agarró por el cuello de la camisa, arrastrándolo de nuevo al interior de la celda, que cerró acto seguido, sin más contemplaciones.

Marsh Roy se recobró poco después. Entonces, sin curarse siquiera, se sentó en el suelo y rompió a llorar desesperadamente, porque sabía que ya

no saldría vivo de aquel misterioso antro de horror.

* * *

Nick Stanfrey se felicitó de la idea que había tenido de sonsacar a la muchacha el lugar donde estaban las facturas y los libros de cuentas del albergue. Esto no se le había ocurrido el primer día, aunque todavía era tiempo de averiguar muchas cosas.

Recorrió el libro de cuentas con la luz de su linternilla. Allí aparecían saldadas las facturas de Fred Guiltman, el vendedor de joyas, que había desaparecido con un muestrario valorado en cincuenta o sesenta mil dólares, más el dinero que llevaba encima; de Randolph O'Brain y de Mary Ann Renfield. Todos ellos habían pagado religiosamente el tiempo de hospedaje.

En cambio, faltaba la anotación correspondiente a Roy. Al pistolero no le habían cobrado la factura correspondiente a las horas que había permanecido en el albergue.

Esto era un error de los asesinos, porque, al no hacer el asiento correspondiente en el libro y constar registrado el nombre de Martin Rydd en el libro de huéspedes, se incurría en una contradicción que podía esgrimirse como prueba de que lo habían hecho desaparecer.

“¿De qué forma?”, se preguntó.

No importaba mucho, murmuró a media voz. Seiscientos mil dólares eran una suma capaz de tentar muchas conciencias. Lo extraño era, se dijo, que con tanto dinero, los asesinos continuasen en el albergue... ¿Era que les parecía poco? ¿No tenían suficiente?

“En su pellejo, yo, con el botín de Roy en las manos, habría escapado inmediatamente de aquí”, comentó apagadamente.

Permaneció unos momentos en silencio, reflexionando sobre su nuevo descubrimiento. Luego consultó el reloj; faltaban treinta minutos para la hora del enlace radiofónico con el comisario Pruwell.

Guardó las facturas y el libro de cuentas en el mismo cajón, procurando dejarlo todo tal como lo había encontrado. Apagó la linterna y en el mismo momento se encendieron las luces del salón.

Quedó en el mismo sitio, parado y aturrido por la inesperada sorpresa recibida. Su primer movimiento de defensa, pese a todo, fue echar mano al bolsillo posterior del pantalón, donde tenía un revólver de cañón corto.

Agatha Peters le contempló con enorme asombro.

—¡Nick! —exclamó—. ¿Qué hace usted aquí, a estas horas?

Stanfrey se mordió los labios, maldiciendo en su fuero interno la inoportunidad de la muchacha.

—Tenía dolor de cabeza y buscaba una aspirina —contestó de mala gana.

—¿Era preciso que la buscara a oscuras? —preguntó ella, muy extrañada.

Stanfrey le enseñó la lámpara eléctrica.

—Tenía esto —dijo—. No quise encender las luces, por temor a alarmar a alguien, innecesariamente... y, por favor, no levante tanto la voz o, de lo contrario, despertaremos a todo el mundo.

—No estamos haciendo nada malo, que yo sepa —declaró Agatha, un tanto irritada por las palabras del joven—. Al menos, yo —añadió intencionadamente.

—Ya le dije que buscaba aspirinas. Me desperté con un terrible dolor de cabeza y...

—Está bien. Pero vaya al cuarto de baño; en el armario sanitario hay un tubo de analgésicos.

—Veo que se extraña de mi presencia aquí a estas horas —dijo él de pronto—. ¿No cree que a mí también puede pasarme lo mismo?

Agatha dejó que una leve sonrisa dulcificase la expresión de sus facciones.

—De acuerdo —respondió—. A fin de cuentas, a mí me sucede algo por el estilo. ¿Me permite pasar?

—Claro —accedió Stanfrey, echándose a un lado para que la muchacha entrara en el espacio que había tras el mostrador de la recepción.

Agatha buscó algo en uno de los cajones. Al fin, le enseñó un tubo.

—Tenía insomnio —dijo— y recordé que ayer había visto este tubo de sedantes. Tomaré una tableta...

—Hombre, en ese caso —dijo él vivamente—, deme a mí un par de ellas. A fin de cuentas, también quitan el dolor de cabeza... por el procedimiento de dejarlo a uno dormido como un tronco.

—Tome usted las que quiera —ofreció ella.

Stanfrey buscó un trozo de papel en el que echó tres o cuatro pastillas somníferas. Hacía tiempo que venía considerando la idea de registrar la habitación de Diana Lloyd, pero quería hacerlo sin correr riesgos de ninguna clase. En verdad y aunque de modo involuntario, Agatha le estaba resultando una ayudante de valor inapreciable.

—Muchas gracias —contestó, guardándose las pastillas—. Hasta mañana... perdón, hasta luego.

—Hasta luego, Nick.

Stanfrey se retiró a su habitación, un tanto preocupado por el incidente, aunque en su fuero interno confiaba en la natural discreción de Agatha. Por supuesto, ella no se había creído la excusa de las aspirinas, pero, ¿qué otra cosa podía haberle dicho?

En el peor caso, le diría cuál era su verdadera identidad, conminándola a continuación a guardar silencio. No obstante, esperaba no tener que llegar demasiado pronto a un extremo semejante.

Sonrió, mientras disponía la radio. Agatha era una buena chica. Y muy bonita. Él era soltero, ella también... ¿Por qué no elaborar rosados sueños?

Por el momento, sin embargo, la realización de aquellos sueños, si acaso algún día llegaban a tomar cuerpo, tenía que posponerse. El problema inmediato, además de urgente, era mucho más grave.

CAPÍTULO IX

La voz del jefe sonó clara y distinta en su auricular.

—Agatha Peters, empleada, buena conducta. Despedida de la oficina en que trabajaba, aparentemente por negligencia. La realidad es que solo quería realizar trabajos de oficina, no otros de muy distinta índole, que era lo que pretendía un jefe demasiado... digamos apasionado.

—Entiendo —dijo Stanfrey, muy satisfecho—. Adelante:

—Adela Gillings, cocinera profesional. Buenos antecedentes también.

—Guisa magníficamente, jefe —rió el joven—, ¡Qué hay de los huéspedes?

—Ambos tienen bastante dinero. Vigílelos.

—Entendido. ¿Diana Lloyd?

—Desconocemos todo lo referente a ella. Estamos investigando a marchas forzadas.

—¿Doctor Paulsen?

—Lo mismo, muchacho. Ahora, dígame lo que ha averiguado usted.

—Primero, podría jurar que Marsh Roy estuvo aquí y desapareció en este mismo lugar. Ya le dije que se registró como Martín Rydd, pero he podido examinar las facturas y el libro de cuentas, y su minuta no aparece en los asientos correspondientes. En cambio, los otros tres desaparecidos sí abonaron el importe del hospedaje, por lo menos, en parte.

—Comprendo. ¿Qué más?

—He dicho antes que podría jurar que Roy estuvo aquí, jefe. Me explicaré. Estuve ayudando al doctor Paulsen a transportar dentro de su casa una gran jaula que contenía, al parecer, un mono de buen tamaño, casi un gorila, diría yo. No sé de dónde lo ha sacado, pero sí sé la empresa que lo transportó y el número de la matrícula de su coche. ¿Quiere tornar nota de ambos datos?

—Ahora mismo, Nick.

Un momento después, Pruwell decía:

—Siga, muchacho.

—Bien, jefe. El importe del transporte ascendía a cuatrocientos noventa y dos dólares con cincuenta centavos. El doctor Paulsen pagó al conductor

con cinco billetes de a cien, que me parecieran bastante nuevos. Es preciso seguir la pista de, por lo menos, uno de esos billetes. Recuerde que en el botín de Roy figuraban cuarenta fajos de cien billetes de a cien cada uno.

—¡Es cierto! —exclamó el comisario—. Si la numeración coincidiera, tendría usted una base para actuar contra el doctor Paulsen.

—Eso es muy cierto, aunque no debemos olvidar que *Devil Inn* está fuera de nuestra jurisdicción. Y tampoco ¿pertenece a Arrowland ni a Waterville; son terrenos estatales.

—En todo caso, llamaríamos a la policía del Estado. Ellos sí tienen autoridad para intervenir.

—Muy bien. Por ahora, eso es todo, jefe. Hasta mañana.

—Adiós, Nick. Buena suerte.

El joven replegó la antena telescópica, ignorante de que, en aquel instante, Agatha Peters se retiraba muy pensativa a su habitación.

Había ido, acuciada por la curiosidad, para intentar preguntarle la verdad sobre los motivos de su presencia en el salón a una hora tan intempestiva. Ahora ya lo sabía.

La observadora señora Gillings había tenido razón desde el principio. Nick no era lo que aparentaba.

Realmente, no le importaba demasiado que fuese un policía. Lo que sí la preocupaba, y mucho, era lo que podía suceder en aquel enigmático albergue.

¿Por qué tenía que haber un oficial de policía desempeñando el papel de mozo de servicios? ¿Qué hechos delictuosos se cometían o se habían cometido en *Devil Inn*?

Temerosa, no se atrevió a tomar el sedante y pasó en vela el resto de la noche.

El alba la sorprendió, pálida y ojerosa. Desmadejadamente, se vistió y aseó, sumamente preocupada por el que nuevamente se había hecho para ella un incierto futuro.

¿Qué haría si se cerraba *Devil Inn* y perdía la colocación?

—¿Estás enferma, muchacha? —preguntó la cocinera—. Tienes una cara pésima, Agatha, y a tu edad, eso no es bueno. ¿Qué te ocurre?

Stanfrey entró en la cocina, justo a tiempo de escuchar las últimas palabras de la cocinera.

—No, no es nada —contestó Agatha—. He pasado mala noche, eso es todo.

Y al hablar así, miraba fijamente al joven.

—Cuando uno tiene insomnio —dijo Stanfrey intencionadamente—, lo mejor que puede hacer es tomar una tableta de sedante.

—Creí que podría dormir sin necesitarlo —alegó ella—. Luego, cuando vi que ya no me dormiría, era demasiado tarde.

Los dos se contemplaron en silencio durante unos segundos.

—¡Bueno! —estalló la cocinera—. ¿Qué les pasa, se han quedado mudos? ¡Vamos a desayunar, que con la tripa vacía no se puede trabajar!

Stanfrey se dio cuenta de que la joven apenas probaba su desayuno. Esto le hizo sentirse muy preocupado, y se prometió a sí mismo abordarle apenas tuviese ocasión para ello.

Pero ésta no se presentó en todo el día, porque, poco después, Diana Lloyd le llamó, le entregó una cantidad de dinero y una lista, y le ordenó que fuese a Waterville a comprar todo lo necesario para reponer las existencias de víveres del albergue. Había una furgoneta, que fue la que el joven utilizó para cumplimentar la orden.

Cuando regresó, era ya casi de noche. Sacó las compras y, ayudado por la cocinera que, como de costumbre, no dejaba la lengua quieta un solo momento, las ubicó parte en el frigorífico y el resto en la despensa. Cuando terminó, Agatha entró, disponiéndose a servir la cena.

—Hola —saludó él alegremente, con ánimo de obligarle a hablar.

—Hola —dijo ella en tono sobrio.

—¿Todavía sigue indisputada?

—No. Ya estoy mejor, gracias.

—Parece como si estuviese enojada con alguien —apuntó él, como un comentario sin importancia.

—Déjala en paz, Nick. Las mujeres, a veces —intervino Adela Gillings—, ya se sabe, cuando pescan el día malo, se ponen insoportables. Yo también, no creas.

—A usted no soy capaz de imaginármela enfadada jamás. Un poco gruñona —sonrió Stanfrey—, pero no enfadada de veras.

—Tampoco lo estoy yo —protestó Agatha—. Simplemente, tengo un mal día, eso es todo.

—Está bien, le ruego me dispense, Agatha. Mi intención no fue molestarla, créame.

Agatha sonrió ligeramente.

—No pensé de usted de tal manera, Nick. Bien, permítame; tengo que servir la mesa.

El joven continuó cenando. En el bolsillo tenía las pastillas somníferas. Su cerebro trabajaba activamente, buscando el modo de utilizarlas.

La ocasión se presentó casi al final de la cena, cuantío Agatha manifestó que ya había servido a todas las mesas.

—La señora Lloyd me ha encargado le suba un vaso de leche a su dormitorio —dijo—. Voy un momento al cuarto de baño, a lavarme las manos.

Salió de la cocina. Nick se puso en pie y abrió el frigorífico.

—No se moleste, señora Gillings; yo lo prepararé.

—Gracias, muchacho —sonrió la buena mujer—. Así podré terminar de cenar tranquilamente.

Nick volvió a la espalda a la señora Gillings. Tomó un vaso del aparador y lo llenó de leche, añadiendo luego tres cucharadas de azúcar, para enmascarar el sabor amargo del somnífero. Echó dos tabletas rápida y diestramente y luego, con una cucharilla de mango largo, removió unos momentos hasta tener la seguridad de que el narcótico se había incorporado a la masa líquida.

A continuación, sacó una pequeña bandeja y colocó el vaso encima. Cubrió el recipiente con una diminuta servilleta, limpia, y se volvió en el momento en que entraba la muchacha.

—Aquí tiene la leche, Agatha —sonrió.

—Gracias —contestó ella.

En la soledad de su cuarto, Nick Stanfrey esperó a que hubieran pasado un par de horas. No sabía si Diana Lloyd habría tomado la leche; a veces solía ocurrir que las personas que tenían la costumbre de disponer de un vaso de leche al lado de la cama, lo tomaban a la medianoche. En todo caso, no quería correr riesgos. Mientras tanto, se dijo, ¿por qué no acercarse un poco a la casa del médico y ver qué había en las inmediaciones?

Tal vez pudiera sorprender dormido a Paulsen y explorar la casa. No se lo pensó dos veces.

La noche era oscurísima. De cuando en cuando, caían algunas gotas de fina llovizna, que más parecían fragmentos de alguna nube baja deslizándose vigorosamente a ras de tierra. Tuvo que usar la linterna para seguir el camino, ya que, de otro modo, se hubiera extraviado irremisiblemente.

De repente, cuando ya estaba a mitad de la pendiente que conducía al edificio, oyó unos fuertes ladridos.

Apagó la linterna en el acto, pegó un salto y se, escondió tras unos matorrales cercanos, maldiciendo de su mala suerte. ¡Paulsen tenía perros que vigilaban su casa por la noche!

Debía haber supuesto que un hombre de apariencia tan astuta como el médico, no se dejaría sorprender con facilidad y que estaría prevenido contra cualquier contingencia. En aquellos momentos y, dado lo limitado de sus recursos, le era imposible poner en práctico su idea.

Los ladridos se repitieron aún durante unos minutos. Poco más tarde, captó la bronca voz del médico, tranquilizando a los animales. Agazapado tras los matorrales, pudo ver el brillo de una lámpara eléctrica, por medio de la cual Paulsen exploraba las inmediaciones de la casa. ¿Qué pasaría si los perros descubrían su escondite?

Transcurrieron unos minutos muy amargos. Al fin, llegó a la conclusión de que el médico tenía atraillados a los animales, seguramente para impedir que pudieran, en sus correrías, llegar hasta *Devil Inn* y asustar a los clientes con sus espantosos ladridos.

Y si Paulsen era, como sospechaba, el autor de las misteriosas desapariciones, le convenía muchísimo no hacer nada que pudiese extrañar a los habitantes del albergue ajenos a sus diabólicas maquinaciones.

Al cabo de un rato, defraudado y despechado, regresó a
Devil Inn.

La posada estaba sumida en un silencio absoluto. Procuró limpiarse bien los zapatos, a fin de no dejar huellas de barro, pero viendo que era una labor difícil y que, lo quisiera o no, mancharía algo el suelo, optó por descalzarse. Los pies, cubiertos con solo los calcetines, harían aún menos ruido.

Entonces, sin perder ya más tiempo, emprendió el ascenso de la escalera, dirigiéndose al piso superior.

CAPÍTULO X

Antes de entrar en el dormitorio de Diana Lloyd, se asomó a las habitaciones de los otros dos huéspedes. El señor Hayes y la señora Renfield dormían apaciblemente.

Por ahora, su fortuna no había tentado a Paulsen. Tal vez los dejaba en paz, hallándose en poder de los seiscientos mil dólares de Roy. Pero, y esta idea se le atornillaba en su mente de modo obsesivo, ¿por qué, con una tal suma de dinero en su poder, no escapaba a un lugar donde jamás pudiese ser descubierto?

¿Qué motivos retenían a Paulsen en el valle?

Lo averiguaría seguramente, cuando, una vez supiera que había pagado el transporte del antropoide con parte del dinero robado por Roy, pudiese interrogarle sin temor a negativas. Por supuesto, con un agente de la policía del Estado junto a él, a fin de evitar más tarde reclamaciones por actuación ilegal fuera de su jurisdicción. Ahora, de momento, le convenía investigar la clase de relaciones que unían a Diana Lloyd con el médico.

Abrió la puerta lentamente, deteniéndose a escuchar antes de cruzar el umbral. Solo se oía la sosegada respiración de la durmiente.

Entró y cerró a sus espaldas. Encendió la linterna.

Pasó el haz de rayos por todas partes, deteniéndolo en la parte alta del lecho. Diana Lloyd dormía apaciblemente, los rubios cabellos extendidos como una aureola dorada sobre la almohada y un brazo, blanco y mórbido, fuera del embozo de las sábanas. Su opulento pecho se alzaba y descendía rítmicamente.

Cambió la dirección de la luz y sonrió satisfecho. El vaso de leche estaba casi vacío. Realmente, no se podía decir que la suerte no le acompañaba bastante.

Tranquilo al respecto, empezó a registrar la habitación minuciosamente, procurando dejar todo tal, como estaba. El registro, sin embargo, resultó infructuoso.

Si Diana Lloyd era cómplice de Paulsen, no había nada a la vista que pudiera comprometerla. El dinero de Roy, en todo caso, estaba en poder del médico.

Recordó la expresión de Paulsen, dominante, autoritaria. Era concebible que tuviese subyugada a Diana Lloyd solo con el influjo de su absorbente personalidad; incluso, recordando la penetrante expresión de su mirada, cabía sospechar que usara el hipnotismo con ella. A pesar de su apariencia de energía, Diana Lloyd era menos fuerte síquicamente de lo que podía suponerse.

Se mordió los labios, decepcionado. El registro tenía que hacerse en casa del médico. Pero, ¿cómo inutilizar la vigilancia de los mastines?

Le habían descubierto a casi cien metros de distancia. Imposible acortar el intervalo para, por ejemplo, darles carne picada mezclada con narcóticos. Ladrarían antes y...

Una voz sonó de pronto en la estancia, sobresaltándole terriblemente.

—No... no, por favor... Frick, te lo pido... Basta ya, marchémonos de aquí... Tenemos dinero suficiente para...

Respiró aliviado. A pesar de la presión de los sedantes, el subconsciente de la mujer continuaba trabajando y hacía aflorar a ellas palabras de terror en su sueño.

—Te lo ruego, una vez más... Basta, basta ya... No puedo soportarlo por más tiempo...

Stanfrey proyectó la luz sobre el rostro de Diana. La vio pálida, desencajada, con la frente y las mejillas cubiertas por una fina película de sudor. Sus labios se movían, pronunciando palabras que, a veces, resultaban ininteligibles.

Decidió que era hora de retirarse. Tendría que buscar la ocasión y la forma propicias para registrar la casa del médico. No sabía cómo lo haría, pero era una diligencia de todo punto inexcusable.

Los sedantes se impusieron de nuevo y Diana Lloyd volvió a su sueño reposado. Entonces, Nick se dirigió hacia la puerta.

En el mismo momento alguien la abrió desde el exterior. Stanfrey apenas si tuvo tiempo de apagar la luz y saltar silenciosamente a un lado, terriblemente sobresaltado por la inesperada aparición del intruso.

Aunque en tono bajo y seseante, reconoció la voz en el acto.

—¡Diana! ¡Eh, Diana! ¿Duermes?

El joven se quedó aterrado. En una fracción de segundo, Paulsen encendería la luz y le descubriría. Entonces, todo se habría ido al diablo...

Repentinamente, sonó un tremendo estrépito en el piso bajo. Paulsen retrocedió vivamente y cerró la puerta, dirigiéndose a todo correr hacia la escalera.

Stanfrey no desaprovechó la ocasión. Salió del dormitorio y corrió hacia una de las habitaciones desocupadas, metiéndose dentro. Sin

embargo, dejó la puerta entreabierta, a fin de escuchar lo que pasaba en el salón.

Oyó la voz de Agatha Peters.

—Discúlpeme, doctor Paulsen. Tenía dolor de cabeza y vine a buscar unas aspirinas. Inadvertidamente, tropecé con una mesa y la derribé...

—Creo que hay aspirinas en el cuarto de baño —gruñó el médico de mal talante—. De todas formas, si no se encuentra bien, dígamelo; tal vez yo pueda remediar su dolencia.

—Oh, no tiene importancia, doctor, muchas gracias. Es una simple jaqueca; se me pasará con un par de tabletas analgésicas. Dispénseme, repito. Buenas noches.

El joven permaneció todavía un buen rato en la habitación. Desde la puerta, podía ver la entrada del dormitorio de Diana Lloyd.

Paulsen ya no subió.

Indudablemente, pensó Stanfrey, al verse sorprendido en su nocturna incursión, evidentemente con fines amorosos, había decidido regresar a su casa.

Nick sonrió al pensar en el mal humor del médico al verse defraudado en sus aspiraciones de aquella noche.

Al cabo de un rato, regresó a su habitación. Agatha Peters le esperaba, sentada en el lecho, con las manos sobre el regazo.

—¡Hum! —dijo él, reponiéndose de la sorpresa—. ¿Cree usted que es correcto que una dama se encuentre a altas horas de la noche en la habitación de un hombre?

—Déjese de bromas, Nick —cortó ella, poniéndose en pie bruscamente—. ¿Qué es lo que ocurre en *Devil Inn*?

—¿Suceder? Oh, nada de partic...

—No trate de engañarme con pretextos especiosos —cortó ella en tono resuelto—. Sé que aquí ocurren cosas raras y que usted es un policía que trata de investigarlas. Anoche le oí hablar, calculo que por radio, con alguien a quien no conozco, pero que supongo debe ser su jefe o algo por el estilo. ¿Me equivoco?

—No —respondió Stanfrey, inspirando con fuerza—. Tiene usted razón. Soy oficial de policía, de la fuerza de Bartlett City. Tomé el empleo para, como muy bien ha supuesto usted, investigar las cosas raras que ocurren en *Devil Inn*.

—Me lo figuraba —murmuró Agatha con voz apagada—. Era un buen empleo.

—No le importe. Usted encontrará otro mejor muy pronto. Y sin temor alguno a sujetos repugnantes como el que la despidió por confundirla con una dama de fácil virtud.

—Así que ya lo sabe usted —dijo ella, ruborizándose intensamente.

—Claro. Solicité informes de todos los que estamos aquí, incluido el

doctor Paulsen. Los suyos —añadió sonriendo—, son inmejorables, Agatha.

—Se lo agradezco. Pero, dígame, ¿qué es lo que sucede aquí, Nick? —preguntó ella con voz aprensiva—. Francamente, tengo miedo...

—Usted no debe temer nada. Como yo, es pobre, y nosotros no tentamos a quienes asesinan para robar.

La muchacha palideció horriblemente.

—¡Dios mío, ¿Es que el doctor Paulsen es un asesino?

—Por ahora, lo sospecho, aunque aún no tengo las pruebas suficientes. Sin embargo, lo que sí resulta positivamente cierto, es que cuatro personas han desaparecido de *Devil Inn* sin dejar rastro, la última de ellas en la mañana de su llegada. Ese último desaparecido llevaba consigo la enorme suma de seiscientos mil dólares; y el hecho de que, para conseguirla, hubiese cometido tres muertes, no atenúa en nada la culpabilidad del que, muy posiblemente, le ha matado para apoderarse del dinero.

Agatha se quedó estupefacta al escuchar semejantes noticias.

—¡Es increíble! —exclamó, atónita.

—Ha ocurrido —aseveró Stanfrey—. Y por eso estoy yo aquí, y ya que usted ha descubierto mi verdadera identidad, le ruego mantenga el secreto hasta que haya dado fin a mis investigaciones.

—Lo haré —prometió Agatha. Con sonrisa desvaída, agregó—: Entonces, cuando usted termine, yo tendré que buscar una nueva colocación, Nick.

—Tal vez yo le proporcione una, segura y a cubierto de riesgos, Agatha. Bien, y ahora que ya lo sabe todo, ¿por qué no se porta como una buena chica y se va a la cama?

—Seguiré su consejo, aunque no sé si podré dormir ya el resto de la noche.

—Tómese una tableta de sedante —dijo Stanfrey maliciosamente.

Agatha se estremeció.

—¡Oh, no! Me cerraré con doble vuelta de llave y...

—A propósito —exclamó él—. Un millón de gracias por su oportuna intervención. Aunque involuntario, el tropezón con la mesa me salvó de un catastrófico encuentro con Paulsen.

—No fue involuntario, Nick.

Stanfrey la miró fijamente durante unos segundos.

—¿Lo hizo intencionadamente, Agatha?

—Sí. Le vi subir a los cuartos superiores y me imaginé que andaría buscando algo. Decidí esperarle, pero a poco, oí ruidos de pasos y me escondí. Cuando vi que Paulsen llegaba al piso superior, salí de mi escondite y tiré la mesa. Era el único medio que se me ocurrió en aquellos momentos para avisarle o, por lo menos, para evitar el encuentro.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó él, admirado—. ¡Y que yo me llame un policía! ¿Qué hubiese hecho, a no ser por usted?

—Me imaginé que podría verse en un apuro —contestó. Agatha, llenas de rubor las mejillas.

Stanfrey le tomó las manos, acariciándoselas con gesto afectuoso.

—Es usted buena y valerosa. Se merece mucha suerte... y yo procuraré que la consiga. Gracias por lo que ha hecho, con toda sinceridad.

—Lo único que quiero es que se resuelva todo cuanto antes —manifestó ella, estremeciéndose ligeramente—. Y usted... usted, tenga mucho cuidado; los policías no son seres invulnerables.

—Solo le tengo miedo a una clase de proyectiles —aseguró él, muy serio.

—¿Cuál, Nick?

—Las flechas de Cupido.

Las mejillas de la muchacha volvieron a colorearse.

—¡Oh! —murmuró. Y de pronto, recogiendo el borde inferior de la bata, abrió la puerta y echó a correr.

La conferencia con el comisario Pruwell apenas tuvo aquella noche importancia alguna. Cuando terminó la conversación, durante la cual se enteró de que aún no habían hallado la pista de los billetes, se acostó tranquilamente y se tendió a dormir, despreocupándose de todo problema que no fuese el que se refería a la linda Agatha Peters.

CAPÍTULO XI

Toc, toc..., toc, toc..., toc, toc...

Marsh Roy se pasó la mano por la cara cubierta de vello, a la vez que miraba aprensivamente hacia la puerta. Ya no sabía qué hacer ni qué pensar, sobre todo después de la espantosa visión, que le había obligado a retroceder para caer de nuevo en las garras de su misterioso captor. ¿Por qué no hablaba de una vez y le explicaba lo que pretendía de él?

Por horrible que fuera la suerte que le esperaba, cualquier cosa era preferible a aquella agónica espera, a la horrible incertidumbre que, lo estaba viendo hora a hora, minuto a minuto, terminaría con su razón, convirtiéndole en un cuerpo sin alma, si aquella situación se prolongaba indefinidamente.

Con gran sorpresa suya, esta vez no le pasaron la comida por la ranura inferior de la puerta. Esta se abrió inesperadamente y el hombre de la barba negra penetró en la celda, empuñando una pistola de raro aspecto en la mano.

Ávido de salir de allí a cualquier precio, Roy se disponía a arrojarle sobre el sujeto, pero la vista de la extraña pistola le contuvo en el acto. Decidió esperar una oportunidad mejor, que el doctor Paulsen, sin embargo, no estaba dispuesto a concederle.

—Quítese la camisa —ordenó secamente.

—¿Qué es lo que piensa hacer conmigo? —pregunté al pistolero, mostrándome renuente a obedecer.

—Haga lo que le digo y déjese de preguntas. Si no lo hace, se la quitaré yo y el resultado será el mismo.

Roy obedeció, mascullando mil imprecaciones, y quedó con el torso desnudo. Entonces el doctor Paulsen presionó el disparador de la pistola.

Roy sintió un vivo pinchazo en la región precordial.

—¡Eh! ¿Qué diablos es eso? —preguntó.

Una demoníaca sonrisa apareció en los labios del médico.

—Actualmente —explicó—, cuando se quiere examinar o intervenir quirúrgicamente a un animal fiero, se le dispara, desde prudente distancia un dardo con una sustancia anestésica, que lo adormece profundamente. En su caso, la droga, sin embargo, es algo distinta.

—¡Condenación! —juró el pistolero—. Pero, ¿qué rayos pretend...?

De pronto, sintió que las piernas se le quedaban sin fuerzas y cayó al suelo, en donde quedó completamente inmóvil.

Paulsen volvió a sonreír. Tranquilamente, dejó la pistola, sobre la mesa e, inclinándose sobre el cuerpo da su prisionero, se lo cargó al hombro con toda facilidad.

Lo más horrible de todo, para Marsh Roy, era que se hallaba en un estado de lucidez total. Veía y oía, pero se sentía incapaz de hacer el menor movimiento, acometido por una extraña parálisis, que suponía era producida por la misteriosa droga que le había propinado el médico a distancia, para evitar reacciones físicas intempestivas. Respiraba con cierta dificultad y razonaba, a pesar de todo, con entera normalidad. ¿Qué pretendía hacer con él?

En su ignorancia, no podía saber que el doctor Paulsen le había inmovilizado con una pequeña dosis de curare, el mortífero veneno de los indios de América del Sur, el cual es empleado en cantidades convenientes, con fines medicamentosos. El curare le había paralizado casi por completo el sistema nervioso, motor de los músculos, y ni siquiera podía cerrar los párpados, aunque conservaba su plena consciencia.

El médico subió la escalera y abrió una puerta, depositando el cuerpo del pistolero sobre una mesa, a la cual le sujetó con unas correas. Luego salió.

Pasaron unos minutos. Los efectos del curare empezaban a disiparse lentamente. Respiraba algo mejor y podía mover los párpados. Un poco después, justo en el momento en que se abría la puerta, consiguió volver ligeramente la cabeza hacia la derecha.

Entonces contempló por segunda vez aquella visión de pesadilla. Quiso gritar, pero aún no tenía fuerzas suficientes para emitir un sonido.

Vio que su captor vestía bata blanca, al modo de los cirujanos, y tenía cubierto el cráneo con un casquete blanco y la cara con una máscara de gasa. Sus manos se veían enfundadas en unos guantes de goma.

¿Qué iban a hacer con él?

Paulsen se acercó, con una jeringuilla en la mano, dispuesto a propinarle una inyección anestésica. El curare había sido empleado solamente para inmovilizarle e impedir un ataque del pistolero. Desinfectó el brazo izquierdo y el líquido pasó a la vena del paciente a la fuerza.

Entonces, al observar aquello, al verse a dos pasos del horrible monstruo que yacía inmóvil sobre otro lecho análogo al suyo, al sentir el pinchazo de la segunda inyección, Marsh Roy se sintió acometido de un

horror insuperable, infinito. Locas visiones de pesadilla danzaron una frenética zarabanda en su mente, terribles ideas de diabólicos experimentos acudieron a su cerebro y todo él se sintió envuelto en una convulsa oleada de miedo indescriptible. De pronto, sintió una tremenda explosión dentro del pecho, un dolor agudísimo y luego, todo cuanto le rodeaba desapareció de su vista tras un telón de negrura total.

Paulsen observó el repentino relajamiento del cuerpo de su paciente. Frunció el ceño; aquello no era natural. El anestésico debía tardar aún algunos minutos en surtir plenos efectos.

Y Roy no respiraba.

Alarmado, le puso una mano sobre el pecho. Buscó su carótida con dedos expertos.

Segundos más tarde, llegó a una conclusión.

—¡Maldito imbécil! —barbotó exasperadamente—. ¡Morirse de miedo!

* * *

Diana Lloyd bajó al salón muy tarde, contra su costumbre. Agatha estaba tras el mostrador y se extrañó de las ojeras que aparecían en el todavía hermoso rostro de la mujer.

—¿Se siente usted mal, señora? —preguntó solícitamente.

Diana se pasó una mano por la frente.

—Me duele bastante la cabeza —dijo—. He dormido mucho, pero mal, inquieta, con pesadillas...

—Lo mejor será que le traiga un par de aspirinas y una taza de café —ofreció sonriente la muchacha—. Siéntese en una mesa y espere un par de minutos, tan solo.

—Muchas gracias, señorita Peters.

—Agatha, por favor —dijo ella. Y se encaminó a la cocina.

Mientras preparaba el café, entró el doctor Paulsen. El aspecto de su rostro indicaba claramente el furor que le poseía. Se sentó frente a Diana y masculló un par de interjecciones a media voz.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella, alarmada, olvidando momentáneamente sus padecimientos.

—No me hables —rezongó él, de malísimo talante—. Roy ha muerto.

Diana se llevó una mano al pecho, muy asustada por la terrible noticia.

—¡Dios mío! —exclamó aterrada—. ¿Qué has hecho, Frick?

—¿Yo? —El médico rió agriamente—. Nada. Se me murió de miedo, así como suena, apenas le puse la inyección anestésica, un colapso cardíaco y... ¡puf! un sujeto experimental al cuerno.

—No sé cómo puedes hablar de ese modo —dijo ella, estremeciéndose—. Era un ser humano.

—Un ladrón y un asesino —gruñó Paulsen hoscamente.

Diana inspiró con fuerza, como para tomar ánimos.

—¿Y qué otra cosa eres tú, Frick? —exclamó—. ¿Qué soy yo, sino tu cómplice, la que te ayuda en todos tus diabólicos experimentos...?

—¡Calla! —rugió él, invadido por la cólera que le había causado la inesperada frustración de sus trabajos—. No me reproches nada; no tengo ganas de escuchar tus gimoteos. Si no te gusta la que hago, vete y en paz, ¿me has oído?

Los ojos de Diana se humedecieron al escuchar el brutal exabrupto de Paulsen. Hubiese roto a llorar, seguramente, de no haber entrado Agatha en aquel momento con una bandeja en las manos.

La muchacha se detuvo unos instantes al ver a Paulsen junto a la dueña del albergue. Le extrañó el aspecto colérico del doctor y la expresión doliente de la mujer, pero se rehízo casi en el acto y siguió adelante.

—El café y las aspirinas, señora Lloyd —dijo—, Buenos días, doctor.

—Hola —gruñó Paulsen.

Agatha comprendió que estorbaba y se retiró. Diana destapó el tubo del analgésico e ingirió dos tabletas seguidas, con unos sorbos de agua del vaso que Agatha le había traído junto con el café.

—Tengo un dolor de cabeza espantoso —se quejó, mientras removía el azúcar de la taza—. No sé qué me ha pasado hoy, —comento—; he dormido más que nunca y, sin embargo, mi estado es pésimo. Incluso tengo, un horrible sabor de boca...

Paulsen frunció el ceño. Consultó su reloj de pulsera.

—¡Por todos los diablos! —juró—. Son casi las doce del mediodía, Diana.

—Sí, ya lo sé, Frick. Pero dejemos esto ahora. Hablemos de nosotros mismos...

—Calla un momento —la interrumpió él, súbitamente preocupado—. ¿A qué hora te acostaste?

—Pues... a la de costumbre, las diez de la noche, más o menos.

—Diana, has estado durmiendo catorce horas. Anoche vine yo; eran las dos de la mañana, más o menos.

—No te he oído, Frick —aseguró ella, muy asombrada.

—Asomé la cabeza, te llamé... y en el mismo momento alguien hizo aquí un ruido tremendo. ¿No lo oíste?

—No he escuchado nada, Frick. Ya te digo que he dormido todo el tiempo... Ni siquiera sabía que hubieses venido después de la medianoche.

El médico se quedó muy pensativo.

—El ruido resultó muy oportuno —murmuró—. ¿Dices que te duele la cabeza?

—Ahora ya se me empieza a pasar —respondió ella.

—¿Qué otros síntomas has notado? —preguntó él muy impaciente.

—Pesadez, torpor en los miembros... mal gusto de boca...

—¿Qué cenaste anoche?

—Ensalada, un poco de carne asada y cuatro cucharadas de jalea de cerezas.

—¿Nada más?

—No, en absoluto. Pero, Frick, ¿qué es lo que sospechas?

—Esos alimentos son difíciles de mezclar con un narcótico —comentó Paulsen como si hablase consigo mismo—. El gusto amargo se habría dejado sentir en el agua que bebiste...

—¡Aguarda! —exclamó ella, recordando bruscamente algo que había olvidado—. Tomé un vaso de leche poco antes de apagar la luz... pero no hallé en ella sabor extraño alguno.

—¿Estaba azucarada?

—Sí. Un tanto excesivamente, para mi gusto.

Paulsen juntó las manos e hizo crujir los nudillos.

—¿Quién te preparó la leche?

—La recepcionista, supongo. Al menos, se lo encargué a ella. Me la subió a mí cuarto, de eso sí estoy segura, y ya no sé más. ¡Frick! —exclamó de pronto Diana Lloyd—. ¿Qué es lo que sospechas?

Los ojos del médico emitieron un brillo particular.

—La caída de la mesa resultó muy oportuna —repitió—. Estoy seguro de que esa chica me espiaba, Diana.

La mujer sintió que se quedaba sin una gota de color en el rostro.

—¡Dios mío! ¿Entonces...?

—No lo sé —dijo Paulsen con el semblante contraído—, pero te aseguro que no tardaré mucho en averiguarlo.

Diana le agarró por una mano.

—Frick, Frick, por lo que más quieras —rogó con gran vehemencia, abandonemos todo. Tenemos dinero en abundancia, no necesitas trabajar en absoluto... deja esos diabólicos experimentos que no pueden conducir a un fin positivo alguno para nadie...

—¿Qué no conseguiré nada positivo? —exclamó él, con los ojos fulgurantes—. Olvidas el segundo de mis experimentos; logré un éxito absoluto, Diana.

—Sí, pero el animal murió a los pocos días.

—Es el clima, este maldito clima —barbotó el médico, exasperado—. Pero tampoco encontraríamos otro sitio mejor, ni buscándolo con lupa. Y si lo conseguí una vez, ¿por qué no iba a triunfar otra y ahora definitivamente? No —dijo en tono resuelto—. Nos quedamos. O me quedo, como gustes. Si quieres irte, no te lo impediré.

La mujer bajó la cabeza. Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Demasiado sabes que no podría abandonarte —gimió.

Paulsen encendió un cigarrillo con gesto nervioso. No quiso decir nada;

Diana se desmoralizaba día a día y, si le hacía partícipe de sus proyectos, corría el riesgo de una indiscreción que podría resultarle funesta.

Ahora, por fin, ya no tenía agobios económicos. Disponía de una suma ingente de dinero, que le ponía a cubierto de cualquier necesidad y le permitiría subsistir durante muchísimo tiempo, aun gastando sin tasa.

Ya no necesitaba que llegasen clientes ricos a *Devil Inn*, de los cuales apoderarse para hacerles objeto de sus experimentos. Tenía dos, por falta de uno, y ambos jóvenes y fuertes, en la plenitud de su edad. Acaso los fracasos anteriores se debían a que los pacientes eran todas personas de edad superior a los cuarenta años, Agatha Peters debía tener unos veintidós o veintitrés años y el mozo de servicios alrededor de los treinta. ¿Qué mejores pacientes que aquellos dos jóvenes?

Lo decidió muy pronto. Empezaría por la chica... por la indiscreta y curiosa Agatha Peters.

CAPÍTULO XII

Nick Stanfrey estaba arreglando un pequeño seto, cuando vio a Agatha que se le acercaba con una bandeja en la mano. Suspendió el trabajo, se enderezó y frotó sus manos contra los pantalones.

¡Hola! —saludó alegremente—. ¿Qué tal va eso?

La muchacha llegó junto a él. Stanfrey se extrañó del aspecto preocupado de Agatha.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Torne la taza y procure aparentar normalidad —dijo ella rápidamente, en voz baja—. Estoy asustada.

Nick cogió el platillo con la taza y empezó a remover el azúcar.

—Explíquese, pronto, por favor, Agatha.

—La señora Lloyd ha bajado al comedor muy tarde. Estaba pálida, ojerosa y se quejó de dolor de cabeza.

—A usted también le pasó algo parecido.

—Sí, pero cuando le estaba preparando una taza de café, llegó el doctor Paulsen. Luego les vi hablar; ella aparecía muy agitada y el daba la sensación de estar de muy mal humor.

Nick torció el gesto.

—Si pudiese entrar en la casa del médico —dijo—. Pero tiene mastines y ladran en cuanto alguien extraño a la casa se acerca a cien metros.

—Diana Lloyd bajó muy tarde al comedor —murmuró Agatha. Nunca le había ocurrido una cosa semejante. Daba la sensación de haberse levantado de la cama hacía poco tiempo.

El joven contuvo una maldición.

—Se habrán dado cuenta de que la narcoticé para registrarla —dijo—. Ella le habrá comunicado los síntomas...

—¿Eso hizo usted? —se asombró la muchacha.

—Claro. Tenía que registrar su cuarto, chiquilla.

—Pero, ¿cómo pudo hacerlo? Yo no vi que le diese ningún bebedizo.

Stanfrey sonrió.

—¿Ya no se acuerda que yo mismo preparé la leche?

—Oh —exclamó Agatha—. De modo que fue entonces.

—Sí. No me gusta que el médico se haya enterado. Calculé mal la dosis y ella ha dormido demasiado. Esto es una complicación con la cual no contaba ciertamente.

—¿Qué hará ahora? Si ellos sospechan algo...

—Esta noche hablaré con mi jefe y le plantearé el problema. Sobre todo, si recibo la respuesta que espero, relativa a la numeración de ciertos billetes de Banco. Ahora, ande, sea buena chica y vuélvase. Pero, sobre todo, procure aparentar normalidad; no haga nada que pueda delatarnos. Esté tranquila; desde aquí vigilo bien la casa... y Paulsen tendrá que hacerse visible si vuelve otra vez.

—De acuerdo —contestó ella—. Haré todo lo que pueda.

Stanfrey continuó su labor. Ciertamente, las noticias que acababa de recibir no tenían nada de agradables.

Era preciso precipitar los acontecimientos. Pero no podía ir y registrar la casa del médico a viva fuerza. Paulsen podría oponerse a lo que consideraría un allanamiento de morada.

A menos que consiguiese pruebas aquella misma noche.

Confiaba en que el comisario Pruwell hubiese obtenido los datos relativos a los billetes que Paulsen había entregado al chófer del camión. En tal caso, tendría una base legal para actuar. Incluso le pediría que enviasen un agente de la policía del Estado, a fin de evitar un conflicto jurisdiccional.

Con el agente y un mandamiento de registro en regla, Paulsen caería en las mallas de la red indefectiblemente.

* * *

La puerta estaba cerrada con llave. Agatha Peters había colocado incluso una silla contra la puerta, a fin de asegurar un mejor cierre contra un posible asaltante nocturno.

Estaba invadida por el miedo, no lo podía disimular. Si en un plazo muy breve, Nick no había terminado con aquella situación de pesadilla, pediría su sueldo y abandonaría *Devil Inn*.

Sentíase indefensa y desvalida en un ambiente tan tétrico como el de la posada. En circunstancias normales le habría gustado permanecer allí; a fin de cuentas, era un empleo cómodo, descansado y bien remunerado. Pero seguir en una casa donde se habían cometido ya cuatro asesinatos y donde, suponía, recelaban ya de ella y de Nick, era arriesgado.

Diana Lloyd tenía miedo del médico, eso lo había observado

perfectamente. Ella también, pero no estaba ligada a Paulsen por ninguna clase de lazos. Podía marcharse cuando quisiera... y lo haría lo más pronto posible.

Miró unos momentos a través de la ventana. El tiempo había aclarado inesperadamente y la luna en plenilunio lucía en un cielo sin una sola nube, derramando cascadas de luz plateada sobre la tierra, convirtiendo el valle en un paisaje irreal, de fantasmagórica belleza, en un panorama de cuento de hadas. Las agudas crestas de las montañas, algunas de las cuales blanqueaban ya, destacaban nítidamente contra el azul profundo, casi negro, del cielo.

El rumor del torrente llegaba muy atenuado, aunque persistente, al albergue. Agatha suspiró y, desanudándose el cinturón de la bata, se la quitó y se metió en la cama.

Estiró las piernas, cubriéndose con el embozo, al cual se agarró con manos crispadas, hasta la barbilla. Quería mantenerse despierta a todo trance, aunque hubiese de pasar la noche en vela. Un poco infantilmente, consideraba que la llegada del nuevo día disiparía todos sus motivos de temor.

La misma tensión nerviosa a que estaba sometida desde hacía largas horas obró en sentido contrario, provocando una reacción opuesta y natural: se quedó dormida sin darse cuenta.

Transcurrieron los minutos. De pronto, una negra sombra se alzó ante el hueco de la ventana, ocultando parcialmente con su silueta el resplandor de la luna.

Unas manos rozaron suave y silenciosamente el bastidor de la ventana. Inclínándose ligeramente, el doctor Paulsen sacó la pistola anestésica.

La figura de la muchacha dormida se divisaba claramente desde el sitio en que se hallaba. El pecho de Agatha subía y bajaba con ritmo sostenido.

Apuntó cuidadosamente y presionó el gatillo. Agatha se estremeció.

Paulsen penetró en el dormitorio con gran rapidez. Sabía que transcurrirían algunos segundos hasta que el curare surtiera sus efectos. Su mano se apoyó sobre la boca de Agatha, cortando en flor el grito que ella ya se disponía a emitir.

Los ojos de la muchacha contemplaron horrorizados la oscura figura del hombre que estaba inclinado sobre ella. De pronto, notó una cosa extraña: perdió la facultad de moverse y casi de respirar. Era una parálisis prácticamente total, que le impedía cerrar siquiera los ojos.

Pero podía pensar y se sintió atacada por una congoja infinita, por un pánico insuperable. Impotente para defenderse, vio que el médico echaba las sábanas a un lado.

Paulsen deshizo la cama y sacó una manta, con la cual envolvió el cuerpo de la muchacha. Agatha notó que era izada en vilo, por unos brazos poderosos, y luego vio que salían a través de la ventana. Había cerrado la

puerta, pero se había olvidado de asegurar el pestillo. ¿Cómo había podido cometer semejante error?

Sin embargo, los reproches ya no le servían de nada. Bajo la luz de la luna, era una ninfa raptada por un perverso sátiro y transportada a su guarida con fines inimaginables.

* * *

Nick Stanfrey desplegó la antena del transmisor y dio el contacto.

—Comisario —dijo suavemente.

—Hola, Nick —contestó Pruwell—. Tengo noticias.

—Adelante, jefe.

—La jaula contenía un gorila adulto, pero joven. Fue remitida por la filial neoyorquina de Hans Schakenbeck, una importante firma alemana que se dedica al suministro de fieras y animales salvajes para los zoológicos y los circos. El doctor pagó el transporte con una parte del dinero robado por Marsh Roy.

Stanfrey guardó silencio durante unos momentos.

—Me pregunto cómo un hombre tan inteligente como él, ha podido cometer un error tan grande. ¿Es que no vio que se trataba de dinero y ya no se preocupó de...

Sonó una risita.

—Si es un investigador, es un sabio —aseguró Pruwell—. Y no hay gente más distraída que los sabios. El vio que se trataba de dinero y ya no se preocupó de más, ¿comprende?

—Sí, es lo más probable —concordó el joven, pensativamente. Bueno, puesto que ya tenemos un motivo serio para practicar un registro en su casa, sería conveniente que solicitase un mandamiento judicial y enviase a un representante del Estado, a fin de proceder con toda legalidad.

—Conforme. Esta misma mañana tendrá ahí todo, muchacho. No le pierda de vista, entretanto.

—Así lo haré, gracias, jefe.

Stanfrey cortó la comunicación y replegó la antena, sumamente satisfecho. Estaba seguro de que ya habían dado con la solución. Frick Paulsen tendría que responder de las cuatro desapariciones y explicar qué hacía hecho de los cuerpos de sus víctimas.

Se preguntó qué experimentos realizaba en su laboratorio. ¿Necesitaba cuerpos humanos para sus fines científicos? ¿Era un viviseccionista?

Por asociación de ideas, al pensar en el gorila que estaba en la casa del valle, se acordó del doctor Frankenstein y de su monstruo artificial. ¿Estaba creando Paulsen algún ser semejante?

La idea le puso nervioso de repente. Se dio cuenta de que ya no tenía sueño y de que ya no podría dormir en el resto de la noche. Le repugnaba tomar un somnífero y se dijo que, a fin de calmar un poco sus nervios, iría

a la cocina y tomaría un vaso de leche tibia. El líquido relajaría la repentina tensión que se había apoderado de su ánimo.

Se vistió en pocos momentos y salió de su habitación, caminando en silencio. Al pasar por delante de la puerta del dormitorio de Agatha se detuvo unos instantes a escuchar. No se oía el menor ruido. Buen síntoma; la muchacha dormía apaciblemente.

Fue a la cocina y se preparó la leche. Cuando estaba a medio tomársela, entró la cocinera.

—Hola —gruñó Adela Gillings—. ¿Qué haces aquí?

—No tenía sueño y pensé que un vaso de leche tibia me sentaría bien —contestó él, en tono intrascendente.

—Sí —rezongó la buena mujer. Y empezó a buscar por los armarios, abriendo y cerrando sin preocuparse del ruido que había con las puertas.

—Va a despertar usted a todo el mundo —observó Stanfrey un tanto irónicamente.

—Desde aquí no se oye nada... ¡Maldición! —renegó la señora Gillings—. ¿Dónde diablos estará ese condenado frasco?

—¿Qué frasco? —preguntó el joven.

—El de las sales para mi hígado. Anoche olvidé tomar mi dosis habitual y, claro, en cuanto me pasa una cosa así, el hígado, a la medianoche, se subleva. ¡Esa Agatha!

—¿Se lo ha escondido, señora Gillings?

—No, pero estuvo ayudándome a recoger todos los cacharros y tal vez, inadvertidamente... Bueno, iré a despertarla. Lo siento mucho, pero mi hígado es lo primero. Y no me acuses de egoísta, Nick; cuando llegues a mis años, comprenderás muchas cosas.

—Sí, señora Gillings —contestó el joven, sonriendo.

Terminó la leche y encendió un cigarrillo. Ya que estaba en pie, vería a la muchacha si se acercaba a la cocina. Agatha le gustaba y...

Adela Gillings entró de nuevo en la cocina, con una expresión de profundo desconcierto pintada en su rostro.

—Nick, la chica no contesta.

Stanfrey frunció el ceño.

—Estará dormida —dijo.

—¿Dormida? —rió la cocinera agriamente—. ¡Diablos, he armado ruido suficiente como para despertar al difunto señor Gillings, mi esposo, que en gloria esté!

El joven se sintió asaltado inmediatamente por un oscuro presentimiento. Arrojó el cigarrillo en el fregadero y salió corriendo de la cocina.

Llamó un par de veces a la puerta de la muchacha, sin obtener respuesta. La señora Gillings le había acompañado y los dos se miraron bastante perplejos.

—Iré por la ventana —resolvió él al fin, alarmado por el prolongado silencio de Agatha.

Volvieron a la cocina y salieron por la parte posterior. Dieron la vuelta al edificio, llegando enseguida a la ventana correspondiente al dormitorio de Agatha.

La brisa nocturna agitaba las cortinas, que salían ondeando por el hueco de la ventana abierta de par en par. Al observar aquel detalle, Nick Stanfrey sintió un frío espantoso.

CAPÍTULO XIII

Pasó una pierna por el alféizar y penetró en la habitación. Encendió un fósforo y, a la débil luz de la llama, pudo comprobar que sus temores se habían confirmado.

Encendió la luz de la habitación.

—¿Dónde diablos está esa muchacha? —preguntó la señora Gillings, asomando su voluminoso busto a través del hueco.

El joven no contestó. Claramente podía ver las ropas revueltas, que indicaban algo de lucha en la estancia. Si había sido así, ¿por qué no había gritado Agatha? Él la tendría que haber oído, en tal caso.

Miró hacia la puerta, observando que estaba cerrada con llave y que, además, tenía una silla apoyada, como, una especie de refuerzo de la cerradura. El detalle era obvio: Agatha había tenido miedo y había querido asegurarse de dicho modo contra una posible incursión por parte del asesino. Pero se había olvidado de la ventana y este error le había sido fatal.

O quizá era que había creído que la ventana estaba asegurada. En tal caso, poco importaba todo lo demás.

Lo interesante era que Agatha faltaba y que, seguramente, a estas horas, se hallaba ya en poder de Paulsen.

¿Iba a realizar el médico alguno de sus demoníacos experimentos con la muchacha?

Un intenso frío le acometió de repente. Hizo un esfuerzo y se contuvo para no salir a la carrera hacia la casa del valle. Debía conservar la serenidad a toda costa; no podía obrar alocadamente, como un principiante, porque entonces sería aún peor.

Se arrodilló en el suelo, en las inmediaciones de la cama. Había unas huellas de zapatos embarrados en el pavimento. Por su tamaño, dedujo que solo podían pertenecer a una persona. Paulsen, no cabía ya la menor duda. No había más que tres hombres en el valle: él, el señor Hayes y

Paulsen. Hayes debía ser descartado, lo cual dejaba solo un sujeto como autor del secuestro de la muchacha.

Agatha había sido sorprendida durante el sueño. Sus zapatillas y su bata estaban aún allí. Tal vez la había narcotizado, dedujo.

—¿Y bien? —gruñó la señora Gillings.

—Será mejor que busque a conciencia por la cocina —contestó él evasivamente—. Agatha ha salido.

—¿A dónde diablos ha podido ir a estas horas? —rezongó la cocinera.

—Hace una luna magnífica. Tal vez haya querido dar un paseo para admirar el valle con esa luz tan hermosa.

—¡Tonterías! —bufó Adela Gillings. Y se marchó, echando mil pestes acerca de su hígado.

Eso era lo que Nick esperaba. Apenas vio, que la señora Gillings desaparecía, corrió a la puerta, quitó la silla y abrió, regresando a su habitación en un santiamén.

Sacó el revólver y comprobó rápidamente la carga.

No podía utilizar la radio para pedir refuerzos; el comisario Pruwel no estaría a la escucha y cualquier esfuerzo que hiciese en tal sentido, resultaría inútil.

Tenía que hacerlo él solo, sin ayuda de ningún género... excepto la de una persona, se le ocurrió de repente.

Salió del dormitorio y atravesó el corredor y el salón, usando la linterna eléctrica. Subió la escalera y llegó a la habitación que ocupaba la dueña del *Devil Inn*.

Abrió cuidadosamente. Diana Lloyd dormía apaciblemente, según pudo comprobar con un rápido destello de la lámpara. Entonces, penetró, cerró a sus espaldas y movió el interruptor de la luz.

La mujer se despertó sobresaltada.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? ¿Quién...?

De pronto, vio al joven y se sentó en el lecho, con los ojos desorbitados por el espanto.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó, a la vez que se cubría el pecho instintivamente con el embozo de las sábanas.

—Necesito que me acompañe usted, señora —dijo el joven con acento firme.

—¿A dónde? No le entiendo, Nick... Oiga, ¿quién le ha dado permiso para entrar en mi habitación a tales horas? —protestó Diana con gran indignación—. ¿Es que tiene ganas de perder el empleo?

—El que usted me dio está perdido ya —contestó él, impasible. Y, a fin de aclarar cuanto antes la situación, lo mejor será hablar sin rodeos. Mi nombre es el auténtico, pero no así la personalidad que he ostentado hasta ahora. Soy oficial de la policía de Bartlett City y estoy investigando las desapariciones que han tenido lugar en este albergue desde hace unos

cuantos meses, señora Lloyd.

El rostro de la mujer tomó un tinte cadavérico. Quiso hablar, pero solo consiguió emitir unos sonidos entrecortados, completamente ininteligibles.

—Acabo de estar en el dormitorio de Agatha Peters —siguió Stanfrey—. Ha desaparecido.

Diana se cubrió el rostro con las manos.

—¡Ha sido él, ha sido él! —gimió, presa de una tremenda— congoja.

—¿Paulsen?

Ella asintió con la cabeza, sin dejar de sollozar. Stanfrey sintió una vivísima simpatía hacia la mujer, ya que presumía era obligada a cooperar con el asesino o tal vea arrastrada a su pesar. Pero en la situación actual, tenía que dejar los sentimentalismos a un lado.

—Lo siento, señora Lloyd —dijo—. Deberá vestirse y acompañarme hasta la casa del doctor Paulsen. Debo detenerle, acusado de, por lo menos, una desaparición, la cual deberá explicar satisfactoriamente si quiere verse libre.

—Pero usted no tiene pruebas —alejó ella débilmente.

—Está defendiendo una causa indefendible, señora —manifestó Stanfrey—. El doctor Paulsen pagó hace dos días el transporte de un gorila a su casa, mediante unos billetes que procedían de un asalto realizado hace poco en Bartlett City, por un sujeto que cometió tres asesinatos. Un tal Marsh Roy, quien se hospedó en *Devil Inn* bajo el nombre, supuesto, claro, de Martin Rydd.

Diana abrió la boca, pero no dijo nada.

—Marsh Roy traía consigo el importe del botín, seiscientos mil dólares, de los cuales se apropió el doctor Paulsen, después de haber hecho desaparecer a su accidental propietario. ¿Es cierto lo que digo, señora Lloyd?

—Sí —murmuró ella con voz apenas audible.

—¿Cómo lo hizo desaparecer? —preguntó.

—Rydd murió de miedo.

El joven respingó.

—¡Vamos, señora! —dijo—. ¿Cree posible que yo puedo aceptar esa fábula como buena? Rydd, Roy, mejor dicho, era un tipo curtido, duro, de los que no temían a Dios ni al diablo. ¿Cómo voy a creer que muriese de miedo?

—Eso es lo que me dijo él —contestó Diana—. Le falló el corazón y...

Stanfrey reflexionó algunos momentos.

Era posible, en efecto, que Diana Lloyd estuviese diciendo la verdad. Acaso Marsh Roy había visto algo tan horrendo, tan fuera del campo en que habitualmente se movía, que, no había podido resistir aquella espantosa visión, y su corazón había dejado de latir.

Entonces, Agatha estaría ahora contemplando la misma escena. O la

vería dentro de poco.

—¿Cuándo murió Roy? —preguntó.

—Ayer, a estas horas, más o menos.

Stanfrey reflexionó. La declaración de Diana significaba que Marsh Lloyd había estado prisionero de Paulsen durante unos cuantos días, concretamente desde el mismo de la llegada de Agatha, aunque la muchacha había aparecido en *Devil Inn* ya un poco tarde para cruzarse con el pistolero.

—¿Sabe usted qué es lo que vio Roy que le hizo morir de miedo?

—El gorila, claro... pero no sé más detalles.

—¿Para qué diablos quiere un gorila el doctor Paulsen?

—Hace experimentos...

—¿Qué clase de experimentos?

Diana vaciló unos instantes.

—Vamos, conteste —la apremió el joven—. Necesito saber a toda costa lo que ocurre en aquella casa.

—Hace injertos de cuerdas vocales —dijo la mujer al cabo.

—¿Cuerdas vocales?

—Sí, y también todo el aparato de fonación.

—No entiendo —gruñó Nick desconcertado—. ¿A quién le hace esos trasplantes?

—A los animales que emplea en sus experimentos. Todos eran monos grandes. Dos chimpancés, un orangután y un gorila.

Stanfrey sintió que los cabellos se le ponían de punta. Ahora comprendía la clase de horribles experimentos que realizaba el médico.

—¿Quiere decir... —balbuceó— que hace esos trasplantes de órganos humanos a la garganta de un simio?

Diana asintió pesadamente.

—Sí —murmuró.

—¿Y ha logrado algún resultado?

—Sí. En uno de los chimpancés consiguió un éxito completo. Ya empezaba a articular algunas palabras muy sencillas, a fuerza de enseñárselas y hacérselas oír repetidas veces... como los loros y cacatúas, por supuesto. Pero el clima no le sentaba bien al animal y murió.

Stanfrey miró horrorizado a la mujer. ¿Qué retorcido cerebro podía imaginar una cosa semejante?

—Pero, ¿qué demonios podía obtener Paulsen con tales experimentos? —preguntó—. ¿Hubiese conseguido algún beneficio para la ciencia?

—Él decía que sí, pero no puedo explicarle más... Para mí, sus trabajos resultaban totalmente incomprensibles. Y no entiendo una sola palabra de Medicina y mucho menos de Cirugía.

—Pero le ayudaba a hacer desaparecer a las personas. ¿En qué mente cabe el hacer trasplantar todo el aparato de fonación de un ser humano a

la garganta de una bestia?

Diana se retorció las manos angustiosamente.

—¡Ya le he dicho que yo no sé nada! —protestó con vehemencia.

—¿Por qué le ayudaba usted? ¿Se da cuenta de que con esos satánicos experimentos desaparecieron cuatro personas y la quinta corre el mismo riesgo?

La mujer esquivó su mirada.

—Le amo —dijo simplemente.

—¿Hasta el punto de ayudarle a cometer cuatro muertes, en aras de una ciencia que no puede exigir nunca, un sacrificio humano, realizado de esa forma?

—Él decía que eran parásitos de la sociedad —alegó Diana—. Eran personas que no rendían ninguna utilidad a sus semejantes...

—Usted y el doctor eran sus semejantes y se aprovecharon de la utilidad que les producía el dinero y las joyas que robaban a sus víctimas —acusó Stanfrey.

—El doctor necesitaba independencia económica para poder seguir su trabajos.

—Comprendo —dijo el joven con agudo sarcasmo—. Y para conseguir ese capital, asesinaba a la gente. Está bien, señora Lloyd. Haga el favor de vestirse; quiero que me acompañe hasta la casa del doctor Paulsen.

Diana asintió.

—De acuerdo —dijo, exhalando un gran suspiro—. Pero, por favor, vuélvase un instante...

—No faltaría más —accedió el joven, comprendiendo los escrúpulos de la dueña del albergue.

Diana echó a un lado el embozo de la sábana y sacó las piernas fuera, metiendo los pies en las zapatillas. Después, sus ojos se fijaron en la recia silueta del joven, parado casi junto a la puerta y de espaldas a ella.

Una súbita idea chispeó en su mente. Si Stanfrey llegaba a la casa, Frick podía darse por perdido. Ella ya había previsto que tantas desapariciones, un día u otro, acabarían por causar la consiguiente alarma y que alguien vendría a la posada a investigar. Ahora sus presunciones se habían convertido en realidad.

Pero, por encima de todo, estaba ciega por aquel hombre. Hubiera sido capaz de cualquier cosa, por evitar que le sucediera nada malo. No le importaban en absoluto los crímenes cometidos, tal era su ceguera.

En aquellos momentos pensaba menos en sí misma que en Frick Paulsen. No pensaba en que, como cómplice, podía sufrir una pena gravísima; lo único que le interesaba era que él no recibiera, el menor daño.

Sacó los pies de las zapatillas. Se movió con el sigilo de un felino, sin hacer el menor ruido.

Había una figurilla de cerámica sobre una consola próxima. La agarró por la base y se acercó al joven, con el brazo levantado.

Sonó un fuerte estrépito de porcelana rota. Sin emitir el menor sonido, Nick Stanfrey se desplomó al suelo como un tronco recién cortado.

CAPÍTULO XIV

Los perros ladraron con fuerza.

Paulsen se asomó a la puerta. El valle estaba bañado por la luz de la luna.

No se veía a nadie por el camino. Paulsen emitió un gruñido de rabia al darse cuenta de que se había alarmado por nada.

—¡Callad, estúpidos! —increpó a los perros, como si estos pudieran entenderle—. No viene nadie.

Los dos mastines estaban inquietos por una causa muy distinta de la que suponía el médico. No veían al gorila, pero lo percibían por el olfato y esto les tenía nerviosos y excitados.

Comprendían instintivamente que el enorme simio era un gran enemigo, al cuál era preciso combatir. Eran dos enormes perrazos, dos “Doberman” de casi ochenta kilos de peso cada uno y con unos dientes capaces de cortar fácilmente la yugular de una persona, de un solo bocado. Las emanaciones del gigantesco simio llegaban hasta su sensible olfato, excitándoles y haciéndoles agitarse nerviosamente, aunque estaban sujetos a la pared por una sólida correa de cuero, atada a un recio collar que rodeaba sus gargantas.

El doctor Paulsen entró en la casa y salió a poco, con dos platos llenos de carne, que depositó en el suelo, frente a los perros.

—A ver si esto os hace dejarme en paz. Tengo trabajo —masculló irritadamente, como si las bestias pudieran entenderle.

Dirigió la vista hacia el albergue. El tejado de pizarra brillaba como si fuese de metal. Las ventanas estaban apagadas.

Sonrió. Todos dormían.

Ahora prepararía unas cosas y, más tarde, antes que se hiciese de día, regresaría a la casa. Hablaría con Diana, era preciso que dijera que la recepcionista se había despedido.

La mujer haría cuanto él quisiera. La tenía perfectamente dominada. Pero si se resistía... bueno, tendría otro sujeto más para sus experimentos.

Tranquilo al respecto, entró en la casa y la puerta volvió a cerrarse, sin darse cuenta de que el pestillo no encajó en la cerradura.

Los perros comieron la carne. Pero ello no les tranquilizó en absoluto. Seguían gruñendo y moviéndose dentro del limitado círculo que les permitían las correas que les sujetaban al muro.

Al quedar la puerta sin cerrar del todo, una nueva emanación del cuerpo del gorila hirió sus olfatos. Esto aumentó su excitación.

Uno de los "Doberman" pegó varios furiosos tirones. La correa resistió sus esfuerzos por soltarse.

Entonces el animal, instintivamente, comprendió que aquel no era medio adecuado para conseguir su libertad. Volviendo la cabeza, agarró la correa con los dientes y empezó a roerla.

* * *

Agatha Peters notó que respiraba mejor y que podía moverse. Solo hasta cierto punto, porque cuando se dio cuenta de que estaba tendida, quiso incorporarse y entonces halló que estaba sujeta por unas fuertes y anchas correas, que la aprisionaban a la cama por completo.

Volvió la cabeza a derecha e izquierda. Un sudor frío inundó su frente en el acto.

¿A dónde la había traído el satánico doctor Paulsen?

Hubiese querido gritar, pero notó que la voz no le salía apenas por la garganta. Además, ¿de qué le hubieran servido sus voces de auxilio? ¿Quién la oiría desde aquella habitación herméticamente cerrada?

Paseó la vista por el contorno, aterrorizándose al contemplar la gran lámpara de quirófano, pendiente de su cabeza; los armarios repletos de brillantes instrumentos médicos, los aparatos de control y de medida... todo cuanto, en fin, podía ser utilizado en una sala de operaciones. ¿A qué se dedicaba Paulsen?

El terror la invadió. Forcejeó para librarse de sus ligaduras, pero, aparte de que se encontraba aún muy débil, invadida por una extraña laxitud, las ligaduras eran harto sólidas para que pudiese quebrantarlas ni aun en la plenitud de su fuerza física.

Las lágrimas fluyeron de sus ojos y rodaron por las mejillas. En aquel instante hubiera deseado que Nick llegase a librarla de la horrible suerte que le aguardaba, pero sabía que no podía confiar en milagros.

Resignada, esperó. Era lo único que podía hacer.

Un sordo gruñido se expandió bajo las bóvedas de cemento. Las manos del simio enjaulado asieron con fuerza los barrotes y los sacudieron, hasta hacerlos crujir. Roncos sonidos se escaparon de su garganta.

Era un animal joven, recién llegado al estado de adulto. Medía un metro sesenta de estatura y pesaba alrededor de los ciento veinte kilos. Su fuerza era prodigiosa.

El doctor Paulsen estaba preparando las soluciones anestésicas. Quería comenzar sin pérdida de tiempo. Había ido y vuelto al albergue en un tiempo brevísimo, recogiendo todos los efectos personales de la muchacha. Para no entretenerse más, después de haber dejado la habitación ordenada, no había querido ver a Diana.

Sencillamente, no tenía ganas de oír sus lloriqueos y sus gimoteos cada vez que la veía. Empezaba a cansarse de ella y, si se ponía pesada, tendría que quitársela de en medio.

Los rugidos del gorila llegaron hasta sus tímpanos, un tanto atenuados por la distancia. Frunció el ceño, preguntándose si habría hecho bien en encargar un animal semejante. Era demasiado grande, muy forzudo y demasiado peligroso.

Todavía recordaba, y no con agrado precisamente, los esfuerzos que había debido realizar para anestesiarlo la última vez. Pero esto no había sido nada, comparado con el trabajo que le había dado el tener que llevar a una bestia semejante hasta el quirófano. Claro que, si bien se miraba y dado el progreso de sus trabajos, un gorila era el simio que más le convenía, por el tamaño de su garganta. Confiaba esta vez en hacerle hablar, una vez le hubiese injertado el sistema de fonación de la muchacha y realizado las pertinentes modificaciones en la lengua y el paladar.

Saboreó su triunfo por adelantado. La presentación de un gorila parlante, enseñado previamente, por supuesto, causaría una enorme sensación en los medios científicos. ¿No habían logrado los cirujanos soviéticos trasplantar la cabeza de un perro al cuerpo de otro? (1). El animal había vivido perfectamente con dos cabezas, cada una de las cuales se movía y actuaba independientemente de la otra. El superaría a todos, presentando a su gorila parlante.

Sí, sería maravilloso enseñarlo en público, hacerle preguntas y que el animal respondiese correctamente. Su fama alcanzaría límites inaccesibles y...

Los rugidos de la bestia, más fuertes que nunca, le intranquilizaron de nuevo. Se apresuró, a fin de terminar de preparar la solución anestésica que habría de propinar al animal, mediante la pistola lanza-dardos. De pronto, con las prisas, uno de los tubos de ensayo resbaló de sus dedos y

cayó al suelo, estrellándose en mil pedazos.)

Maldijo profusamente. Ahora tenía que empezar de nuevo. Estuvo a punto de arremeter a patadas contra la mesa de laboratorio, pero se dijo que con ello no arreglaría nada y estropearía aún más las cosas. Lanzando un suspiro de resignación, reanudó la labor desde el principio.

(1) *Rigurosamente verídico (N. del A.)*

Los agudos colmillos del can terminaron, finalmente, por romper la correa. El “Doberman” lanzó un agudo ladrido de alegría al verse libre, mientras que su compañero, todavía sujeto a la correa, ladraba furiosamente, envidioso de la suerte de su compañero.

El “Doberman” se lanzó hacia la puerta y empezó a arañarla con las patas. Su agudo instinto le decía que dentro de la casa había un enemigo al cual debía combatir.

Otro perro, posiblemente, no hubiera conseguido mover el pesado portón, pese a hallarse solamente entreabierto. Pero era un animal con más de setenta y cinco kilos de peso y éste era un factor que había de notarse a la fuerza. Después de unos cuantos esfuerzos, el “Doberman” consiguió abrir el batiente lo suficiente para, estrechándose un poco, poder pasar al otro lado.

El instinto le guió hasta la habitación donde se hallaba la enorme jaula con él gorila. Al ver a la fiera, el can agudizó el volumen de sus ladridos, irritado por la presencia de aquel animal peligroso, al que consideraba como un enemigo al que había que suprimir para que su amo no resultase dañado.

La cólera del gorila se exacerbó al escuchar los ladridos del can. Sus rugidos hicieron vibrar las paredes de cemento. La actitud ofensiva del mastín le sacó de quicio.

Abalanzándose hacia adelante, agarró dos barrotes con ambas manos. El perro se lanzó hacia la jaula y trató de morder una de las patas del gorila, situada demasiado cerca de los barrotes. El simio pareció volverse loco.

Esta vez tensó sus músculos y empleó toda su fuerza. Al fin, consiguió deformar dos de los barrotes, lo suficiente para sacar un brazo que parecía un nudoso tronco de olivo.

El “Doberman” saltó y sus colmillos hicieron presa en el antebrazo. El dolor provocó un nuevo paroxismo en el gorila. Sacó el otro brazo y agarró el cuello de aquella bestezuela que se atrevía a atacarle.

Los ladridos del can se trocaron prestamente en chillones gemidos de pánico. Las fuerzas del gorila eran descomunales; agarrándolo con ambas manos ahora, empezó a sacudirlo contra el suelo con terribles golpazos, hasta que en uno de ellos, el hueso craneal del mastín saltó como la cáscara de un huevo.

Pero la sangre fluía allí donde los dientes del “Doberman” habían

hecho su presa, y el dolor le tenía medio loco. Quería escapar a toda costa y ya había descubierto el medio. Unos segundos más tarde, los dos barrotes habían saltado.

Pasó el cuerpo, buscando, con ojos inyectados en sangre, una presa sobre la cual saciar su sed de venganza. En aquel momento, el doctor Paulsen, alarmado por los bramidos y los ladridos, salía de su laboratorio con objeto de averiguar lo que sucedía.

Paulsen se quedó aterrado al ver el gorila fuera de su jaula. Era un hombre fornido, pero sus fuerzas no podían compararse siquiera con las de un simio como el que tenía frente a sí. Por otra parte, pesaba treinta y cinco o cuarenta kilos menos que el gorila. Intentar luchar con él a brazo partido, era una locura.

Giró sobre sus talones, buscando un refugio y penetró en el laboratorio, cerrando la puerta con cerrojo acto seguido. Pero el gorila saltó tras él y, de un empujón hizo saltar las maderas.

Paulsen retrocedió. Su codo derribó una fila entera de tubos de ensayo, que se rompieron contra el suelo con gran estrépito. Contempló despavorido la horrenda figura del animal que avanzaba hacia él, como una Némesis vengadora.

El gorila saltó. Sus zarpas hicieron presa en la garganta del médico.

Paulsen lanzó un terrible alarido. Su grito se cortó apenas emitido, cuando el animal, con una brusca sacudida, le fracturó las vértebras cervicales.

Desde el quirófano, Agatha oyó todos aquellos espantosos ruidos: rugidos, ladridos, gritos del médico... Un último alarido que no parecía proferido por una garganta humana quedó cortado bruscamente.

Después oyó un tremendo estrépito de vidrios rotos, muebles astillados y objetos arrojados sin orden ni concierto por todas partes. Temblando de pánico, aguardó a que aquella misteriosa y terrible fiera penetrara en el quirófano.

Parte de la cólera del simio se disipó cuando hubo devastado el laboratorio. Contempló el cuerpo yacente en el suelo y, agarrándolo con ambas manos, lo lanzó a lo lejos con tremenda furia. Después salió caminando torpemente, balanceando gruñidos.

La muchacha percibió el suave “chas, chas” de los pies del animal, los gorgoteos que se escapaban de sus fauces. Ignoraba de qué clase de bestia se trataba, pero el pánico que sentía apenas si la dejaba razonar.

El gorila se alejó, caminando pesadamente en busca de su libertad. El instinto le orientó hacia la salida y también los ladridos del can que todavía continuaba atado a la correa.

Alcanzó la puerta... El “Doberman” se encrespó, ladrándole furibundamente. El simio le contempló durante unos segundos, como si estudiara a aquel rival que pretendía atacarle, sin conciencia de su

inferioridad. Luego se acercó al perro y, de un manotazo, lo arrojó contra la pared.

El mastín gimió aterrorizado. Unos segundos más tarde, una garra se cerraba sobre sus dos patas traseras. El gorila alzó en el aire el cuerpo del can, con singular facilidad, y luego, tomando impulso, lo volteó sobre sí mismo, estrellándole la cabeza contra el muro. Los ladridos cesaron instantáneamente.

Los puños del gorila batieron sobre su vasto pecho, en tanto que de su garganta se escapaba un sonoro rugido de desafío. Su sed de sangre no estaba todavía satisfecha. Necesitaba más víctimas y se lanzó a buscarlas.

CAPÍTULO XV

Nick Stanfrey se despertó bruscamente, sintiendo en la nuca un violento dolor. Haciendo un esfuerzo, consiguió sentarse en el suelo, dándose cuenta entonces de que en torno a él había varios fragmentos de porcelana.

Maldijo profusamente al observar que había sido engañado como un incauto. Diana Lloyd estaba loca, no cabía la menor duda; solo a una mujer que no gozase de la plenitud de sus facultades mentales podía ocurrírsele una cosa semejante.

Se puso en pie, tambaleándose unos segundos, antes de afirmar las piernas. En aquel instante, entró la cocinera.

—¡Nick! —exclamó la buena mujer—. ¿Qué te ha pasado?

El joven se llevó una mano a la nuca.

—La señora Lloyd... me ha golpeado...

—¿Por qué? —se espantó Adela Gillings.

—Paulsen es un asesino. Ella ha ido a avisarle. Yo soy oficial de la policía de Bartlett City.

La cocinera estaba que no cabía en sí por el asombro que le producían las inesperadas manifestaciones de Stanfrey. De pronto, pegándose una fuerte palmada en el muslo, exclamó:

—No, si ya lo decía yo. Ese tipo nunca me agradó. Siempre pensé que no era trigo limpio... y ahora, los hechos me han dado la razón. Conque policía, ¿eh?

El joven no estaba para dar muchas explicaciones. Saliendo de la habitación, se dirigió en busca del cuarto de baño.

Los dos huéspedes del albergue se asomaron a las puertas de sus dormitorios.

—¿Qué ocurre? —preguntó el señor Hayes.

—No se preocupen —respondió Stanfrey—. Vuélvanse a la cama los dos; no es nada de particular.

—¡Qué escándalo! —protestó la señora Oppypoint indignadamente—. Ni dormir tranquilo se puede en este lugar. En cuanto llegue el día, pediré la cuenta y me iré.

—Por favor —intervino, la cocinera—, no teman nada. Es solo un incidente sin importancia...

Mientras tanto, Stanfrey había llegado al cuarto de baño. Metió la cabeza bajo el grito y dejó que el agua corriera un poco, aclarándole el torpor que sentía en el cerebro. Se secó precipitadamente con la toalla y salió de nuevo al corredor.

—¿Ha visto usted a la señora Lloyd? —preguntó a la cocinera.

—Sí. Salió de la casa hará unos cinco minutos, Nick.

El joven reflexionó. A fin de cuentas, su desmayo no debía haber durado tanto tiempo. Por otra parte, Diana Lloyd habría perdido algunos minutos en vestirse adecuadamente.

Todavía tenía tiempo de alcanzar a la pareja antes de que emprendiesen la huida. Además, los coches estaban en el garaje; si querían utilizar uno para escapar, tendrían que encontrarse con él en el camino que enlazaba el albergue con la casa del médico.

Tomada su decisión, bajó las escaleras a todo correr y salió por la puerta trasera, llevando ya el revólver en la mano. Que Paulsen se defendería con pies y uñas, era cosa que no podía ser puesta en duda.

Echó, a correr a toda la velocidad posible. La luna iluminaba ampliamente el valle, proporcionando un resplandor casi comparable al del día. Era fácil ver a gran distancia.

Recorrió los dos tercios del espacio en pocos momentos. De pronto, cuando ya llegaba a la leve pendiente que conducía a la cima de la eminencia, al otro lado de la cual se hallaba la casa del médico, escuchó un alarido desgarrador.

Casi en el acto, oyó un extraño sonido, un atroz rugido que le heló la sangre en las venas.

* * *

Diana Lloyd caminaba apresuradamente hacia el laboratorio, oprimiendo contra su pecho una bolsa en la cual guardaba algunos objetos personales de valor. Estaban perdidos, lo sabía con certeza. Quizá hubiera debido asesinar al policía, pero, aparte de que le había faltado el valor, sabía que habría constituido un gesto tan criminal como inútil. Si el policía estaba allí, tendría compañeros con los cuales comunicaría regularmente por algún medio que no alcanzaba a comprender en aquellos momentos. Y los otros policías, al observar la desaparición de Nick Stanfrey, vendrían al albergue y lo revolverían todo, desde el tejado a los cimientos.

No, solo les quedaba una solución: escapar. Aún tenían tiempo. Y un

gran botón reunido, con el cual podrían vivir satisfactoriamente lejos de los Estados Unidos, en algún país pequeño, donde nadie haría preguntas, ni se preocuparían de ellos, con tal de que pagasen sus cuentas. Ella teñiría sus cabellos y haría que Paulsen se afeitase la barba tan característica. Después...

Sus pensamientos se vieron interrumpidos de pronto por un sordo gruñido que sonaba a poca distancia. Extrañada, detuvo sus pasos, forzando la vista para apreciar mejor al autor de aquellos ruidos tan raros.

De pronto, una silueta apareció en su campo visual. Sintió que su corazón se desbocaba.

¿Qué era *aquello*?

Los gruñidos se repitieron. La silueta aumentó de tamaño con grandísima rapidez...

Entonces, en un santiamén, Diana Lloyd comprendió por qué Marsh Roy había muerto de miedo.

Ella también se sintió atacada de un pánico irrefrenable. Loca por escapar de aquella fiera, giró sobre sus talones y echó a correr, a la vez que chillaba frenéticamente.

Pero sus piernas no podían competir con las del gorila, aparentemente torpe, aunque capaz de dar alcance a un caballo al galope. El simio, rugiendo ferozmente, la alcanzó pocos segundos más tarde.

Lo último que sintió Diana Lloyd fue que unas velludas zarpas se enroscaban alrededor de su garganta. Gritó, pero no consiguió oír sus últimos alaridos.

A cincuenta metros de distancia, Nick Stanfrey se detuvo, con el revólver en la mano, procurando escudriñar en la semipenumbra que se extendía ante él. Confusamente, divisó a lo lejos dos siluetas, una en pie y la otra tendida en el suelo.

Avanzó con precaución. ¿Qué sucedía?

El gorila rugió de nuevo y se golpeó el pecho al olfatear un nuevo enemigo. Su sed de sangre se había desatado de nuevo con la última víctima que acababa de hacer.

Avanzó sin, dejar de batanearse el pecho, desafiando a su nuevo enemigo. Nick se quedó aterrado.

El gorila se había escapado. ¿Qué estragos habría causado en el laboratorio antes de conseguir su libertad?

Pensó en el destrozado cuerpo de Agatha y ello le hizo sentir una viva oleada de cólera. Desafiando el peligro, caminó al encuentro del cuadrumano.

Hombre y simio se detuvieron simultáneamente, mirándose a pocos pasos de distancia. El gorila lanzaba aullidos continuamente, desafiando a su enemigo a que le atacase.

Nick analizó la situación rapidísimamente. Ahora, más que nunca, le

convenía echar mano de su habilidad con las armas de fuego, perfeccionada no hacía mucho en la Academia de la F.B.I. Y sobre todo, debía mantener la serenidad; el menor error, sería causa de su muerte instantánea.

Avanzó dos pasos más. Era inútil disparar al pecho; una bala del calibre 38 no detendría al gorila, ni aun alcanzándole en el corazón. Ni las seis que atravesaran su pecho extinguirían la vitalidad de su inmenso corpachón. Tenía que matarlo bruscamente, como con un golpe de hacha en su enorme cuello.

El cerebro era el motor de todo el cuerpo. Apuntó y disparó una vez.

El gorila emitió un enorme rugido. Fríamente, como en un ejercicio de tiro al blanco, Nick continuó haciendo fuego hasta agotar la carga del tambor.

Por unos momentos, quedó estupefacto. No había fallado ningún tiro; estaba absolutamente seguro. Pero el gorila seguía en pie.

Durante unos segundos, hombre y simio continuaron en la misma posición. ¿Tan formidable era la vitalidad de aquel cuadrumano, que seguía alentando aún con el cerebro destrozado por los seis proyectiles?

El gorila dio un paso hacia adelante. Súbitamente, lanzó un atroz ronquido y se venció de bruces, quedando ya inmóvil sobre el húmedo camino.

Respirando aliviado, Nick rodeó el cuerpo tendido del animal y continuó corriendo. Un poco más adelante, vio a Diana Lloyd cruzada sobre el borde del camino.

Se arrodilló a su lado. Tenía el cuello roto. Había muerto.

Poniéndose en pie, se lanzó nuevamente a la carrera hacia la casa.

Llegó segundos más tarde. La puerta estaba abierta y el cuerpo del mastín destrozado, yacía a un lado.

Empezó a hacerse una idea de cómo se había desarrollado la tragedia. ¿Qué habría sucedido dentro del edificio?

Las luces estaban encendidas. Poco después, halló al otro “Doberman”, también muerto al pie de una jaula, cuyos barrotes habían sido violentados por la prodigiosa fuerza de la bestia.

Descendió las escaleras que conducían al subsuelo. El corazón se le pasó bruscamente cuando vio una puerta destrozada.

Apartó a un lado las astillas y penetró en el interior. El espectáculo que se ofreció a sus ojos era dantesco.

Pero Agatha no estaba allí. Solo había un cadáver, el cual, aunque horriblemente destrozado por la vesánica furia del cuadrumano, todavía podía reconocerse.

Salió al corredor y lanzó un grito potente:

—¡Agatha!

Una voz débil contestó no lejos de él.

—¡Aquí, Nick!

Stanfrey se abalanzó hacia la puerta, abriéndola en el acto. Al ver a la muchacha atada, aunque ilesa, emitió un profundo suspiro de alivio.

—No temas —dijo, sonriendo, acercándose a ella—. Todo ha pasado ya. Empezó a desatar las correas que la sujetaban a la cama.

—Nick... —balbuceó ella, a punto de echarse a llorar—. He pasado mucho miedo.

—Yo también —confesó Stanfrey—, aunque ahora ya no hay motivos para temer nada.

Agatha se sentía incapaz de mantenerse en pie. Al observarlo, Stanfrey la tomó en sus brazos.

—El gorila escapó —dijo—. Mató a Paulsen y a Diana Lloyd, pero yo lo he matado a él. Puedes estar tranquila para lo sucesivo.

Agatha sintió que una infinita laxitud la acometía. Apoyó la cabeza en el pecho del joven y se dejó llevar.

Salieron fuera. Una débil claridad aparecía ya hacia el Este.

Nick caminó con paso vivo hacia el albergue. Una vez hubiese dejado a la muchacha en seguridad, tendría que regresar al laboratorio.

Aún quedan muchas cosas por hacer, pero ya no había tanta prisa. Era preciso encontrar las joyas y el dinero robados, investigar cuidadosamente cuanto había hecho Paulsen, hallar los cuerpos de las personas desaparecidas, sus automóviles, acaso escondidos en un remoto barranco del valle... Pero ya vendría gente para ayudarle a terminar la labor.

Mientras tanto...

Miró a la chica y sonrió. Ella lo hizo también.

—Agatha —dijo.

—¿Sí, Nick?

—Te has quedado sin empleo.

Ella suspiró.

—Es cierto, Nick.

—Yo te ofrezco uno. Para toda la vida. Seguro, sin posibilidad de despidido.

Los ojos de Agatha Peters resplandecieron.

—Tendré que estudiar tu proposición... aunque yo creo que acabaré por aceptarla —contestó con radiante sonrisa.

FIN



CUANDO LA MUERTE NOS VISITA

por Burton Hare

Estaba en medio de la acera y ellos detrás de mí cuando la cosa sucedió. Fue tan repentino, que en los primeros instantes pensé que me asesinaban allí mismo. Sonó una descarga, una ráfaga interminable de disparos y los proyectiles aullaron encima de mí. Todo lo que se me ocurrió hacer fue lanzarme de cabeza al suelo y rodar hacia donde estaba el auto.

Los dos criminales, estupefactos, reaccionaron a tiro limpio, pero sin saber exactamente contra quién debían tirar. La ráfaga se repitió una vez más. Pude ver saltar el estuco de la vieja pared de la casa.

Bruin aulló:

—¡Larguémonos de aquí, Tony!

—¿Dejando a ése?

—¡Maldito sea! —exclamó Bruin, fuera de sí—. Le daré su merecido ahora mismo...

Estaban en el suelo, enroscados como gusanos. Vi a Bruin rodar a un lado y algo llameó en su mano. Noté un golpe en alguna parte de mi cuerpo y todo se volvió súbitamente borroso a mi alrededor, pero pude escuchar todavía al otro que gritaba:

—¡No seas imbécil, no podemos matarlo dejándole aquí!

*Así son todos los emocionantes párrafos de la
sensacional novela*

CUANDO LA MUERTE NOS VISITA

próximo número de esta gran Colección

¡Sea el primero en leerla!

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS





**ESO TIENE
VETERANO**

un
VETERANO SABOR



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain